

La Arqueología funeraria desde una perspectiva de género

Lourdes Prados Torreira (Ed.)
Clara López Ruiz
y Javier Parra Camacho (Coords.)



COLECCIÓN ESTUDIOS 145

**La Arqueología funeraria
desde una perspectiva de género**

II Jornadas Internacionales de Arqueología y Género
en la UAM

Lourdes Prados Torreira (Ed.)
Clara López Ruiz y Javier Parra Camacho (Coords.)

COLECCIÓN ESTUDIOS 145

**La Arqueología funeraria
desde una perspectiva de género**

II Jornadas Internacionales de Arqueología y Género
en la UAM

Lourdes Prados Torreira (Ed.)
Clara López Ruiz y Javier Parra Camacho (Coords.)



Servicio de Publicaciones
de la Universidad Autónoma de Madrid

Todos los derechos reservados. De conformidad con lo dispuesto en la legislación vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización.

© Ediciones UAM, 2012

© Los/as respectivos/as autores/as

Ediciones Universidad Autónoma de Madrid

Campus de Cantoblanco

C/ Einstein, 1

28049 Madrid

Tel. 914974233 (Fax 914975169)

<http://www.uam.es/publicaciones>

servicio.publicaciones@uam.es

ISBN: 978-84-8344-218-0

Diseño y maquetación: Miguel A. Tejedor López

Depósito legal: M-7191-2012

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Prólogo	7
Lourdes Prados Torreira	
Muerte y género en la Prehistoria española	21
Sandra Montón Subías	
La mujer en el III milenio a. C. a través de las manifestaciones funerarias: un ejemplo en territorio madrileño	39
Concepción Blasco Bosqued y Patricia Ríos Mendoza	
Mujeres e identidad: el cuerpo y su contribución a la construcción de identidades en el mundo argárico	55
Eva Alarcón García y Margarita Sánchez Romero	
El género de los objetos. Variaciones sobre orfebrería argárica	79
Alicia Perea	
Evocaciones a la maternidad y la lactancia en las ofrendas funerarias del Egipto faraónico	99
M ^a José López Grande	
La muerte visita la casa: mujeres, cuidados y memorias familiares en los rituales funerarios fenicio-púnicos	123
Ana Delgado Hervás y Meritxell Ferrer Martín	
Las estelas diademadas, representaciones de jefaturas femeninas en el Bronce Final	157
Luis Berrocal-Rangel	
Mujeres en las necrópolis tartesias	179
María Belén	
La tumba de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo). Un enterramiento femenino de época orientalizante	201
Juan Pereira Sieso	

The Vix Princess Redux: a retrospective on European Iron Age gender and mortuary studies	215
Bettina Arnold	
Si las muertas hablaran... Una aproximación a los contextos funerarios de la Cultura Ibérica	233
Lourdes Prados Torreira	
Identidades de género y prácticas sociales en el registro funerario ibérico. La necrópolis de El Cigarralejo	257
Carmen Rísquez Cuenca y Antonia García Luque	
Mujeres y plantas en el imaginario ibérico de la muerte	277
Isabel Izquierdo Peraile	
La representación de la muerte en la cerámica ibérica pintada y el universo masculino	299
Juan A. Santos Velasco	
Mujeres, Amazonas, tumbas y armas: una aproximación transcultural	317
Fernando Quesada Sanz	
Gender and funerary practices during the Scandinavian Iron Ages	365
Liv Helga Dommasnes	
La infancia en época visigoda: su reflejo en las necrópolis madrileñas	385
Ana Grací Castañeda y Javier Parra Camacho	
Participantes	411

MUJERES, AMAZONAS, TUMBAS Y ARMAS: UNA APROXIMACIÓN TRANSCULTURAL¹

Fernando Quesada Sanz²
Universidad Autónoma de Madrid³

Resumen: Este trabajo discute la cuestión de la presencia de armas en ajuares funerarios de tumbas en las que el análisis osteológico identifica al individuo enterrado como de sexo femenino. Su perspectiva es el análisis transcultural. Analizamos estudios de caso en Europa entre la Primera Edad del Hierro y la Antigüedad Tardía.

Palabras Clave: Arqueología de género, tumbas femeninas, armas, análisis comparativo, Edad del Hierro, Europa Occidental.

Abstract: This paper discusses the presence of weapons deposited as grave goods in burials in which osteological analysis shows that the biological sex of the dead is female. We adopt a cross-cultural approach, analyzing case studies from Europe between the First Iron Age and Late Antiquity.

Key Words: Gender Archaeology, female burials, weapons, cross-cultural studies, Iron Age, Western Europe.

Cuando en 1986 se publicó un estudio antropológico que identificaba como femeninos los restos cremados hallados en la sepultura 155 de la necrópolis ibérica de Baza (Reverte, 1986), caracterizada entre otras cosas por la presencia de un lote de armas, objetos tradicio-

1 Empleamos el término en el sentido de los “cross-cultural studies” o mejor aún, “comparative studies” de la tradición anglosajona, como forma de testear hipótesis sobre un determinado comportamiento documentado arqueológicamente, mediante la comparación de varios estudios de caso en diferentes culturas. El vocablo español más cercano es “transcultural” tal y como viene definido por el DRAE: “que afecta a varias culturas o a sus relaciones”, más que en el sentido empleado por algunos antropólogos como “estudio del contacto cultural entre culturas diferentes y la adopción por una de rasgos de otra”, que vendría mejor definido por el término “intercultural”.

2 Correo electrónico: fernando.quesada@uam.es

3 Trabajo realizado en el marco del Proyecto de I+D HUM2006-08015/HIST.

nalmente asociados a varones, se planteó un debate intenso en torno a la aparente contradicción planteada por la asociación de armas a una mujer, tanto desde el punto de vista antropológico (Garralda, 1986) como cultural (Blech, 1986; Olmos, 1986; Quesada, 1989; San Nicolás y Ruiz, 2000: 149–151). El debate se ha visto renovado recientemente cuando un nuevo análisis de los restos de la misma sepultura concluye, utilizando criterios distintos, con el mismo resultado que obtuvo Reverte (Trancho y Robledo, 2010), lo que ha relanzado el debate (sobre todo en Chapa e Izquierdo, 2010, también algo antes, García y Rísquez, 2003: 26–27) dentro del marco de los estudios llamados “de género”⁴. A ello se añaden nuevos análisis que parecen indicar una asociación muy infrecuente, pero significativa, de armas con ajuares femeninos ibéricos en análisis “a ciegas” en los que el antropólogo no conoce las características del ajuar (Subirá *et alii*, 2008, necrópolis de Coimbra, en Jumilla). La discusión se centra sobre todo en la ruptura aparente del paradigma armas=sexo masculino, pero también afecta a la validez general del análisis de ajuares para identificación de sexo, actividad, etc. y sus implicaciones, con un rechazo radical al viejo paradigma (Izquierdo y Prados, 2004; Izquierdo, 2007; Prados, 2008; 2010) aunque hay posturas mucho más matizadas también desde la perspectiva del género (García Luque y Rísquez, 2003: 26; Aranegui, 2008: 210). En otros lugares hemos ido exponiendo nuestras opiniones sobre el alcance real del fenómeno en la Iberia prerromana y sus consecuencias (Quesada, 1997: 636 y ss.; en prensa), la posible interpretación del caso de Baza, su significado y extensión (Quesada, 1989a: 28 y ss.; 2010), y la cuestión asociada de las tumbas múltiples e infantiles

4 En este trabajo emplearemos la precisa distinción académica anglosajona (Arnold y Wicker, 2001) entre “sexo” (biológico) y “género” (construcción de roles sociales basada en los papeles que cada cultura en cada tiempo y espacio asocia a esas diferencias biológicas). Hay más de dos géneros. Aunque somos bien conscientes de que la dinámica actual está llevando a una confusión, que juzgamos distorsionadora, entre ambos conceptos, de modo que para muchos “arqueología del género” equivale ya a “arqueología de la mujer” (*cf.* el análisis en Hernando, 2007: 168–169; o Prados, 2008, donde la arqueología de género se hace equivaler a la visibilidad de la mujer), con una deriva hacia la “arqueología feminista” que es cosa por completo diferente (Escoriza, 2007). Con todo, género y sexo están íntimamente relacionados, “a society’s construction of gender is rooted in its classification of sexual difference and ideas about the body” (Gilchrist, 1997: 42).

(Quesada, 2011). En esta ocasión nos aproximamos a un estudio comparativo, que creemos puede iluminar sobre la extensión real y significado del fenómeno, y sobre las cautelas metodológicas propias del caso. Remitimos a los trabajos citados para el contexto peninsular que aquí omitiremos por razones de espacio.

Cuestiones de partida: la asociación de armas a varones y los problemas de la identificación osteológica

Una de las presunciones más generalizadas en la arqueología funeraria de aquellas culturas de la Europa Central y Occidental, al menos desde la Edad del Bronce y hasta el comienzo de la Edad Media, cuyos rituales funerarios implicaron en algún momento la colocación de ajuares en las tumbas⁵, es que la presencia en un ajuar funerario de armas específicamente diseñadas para la guerra (espadas, cascos, escudos, corazas) y/o la caza (lanzas, jabalinas, flechas) es un fiable “marcador” de sexo masculino del individuo enterrado en una sepultura⁶. Si hay varios individuos, las armas indicarán el sexo masculino de al menos uno de los enterrados. Otros objetos normalmente asociados con armas (como cuchillos) no se incluyen en este modelo. A esta primera proposición se añade, a menudo, la de que el individuo así enterrado ha de ser un varón adulto o anciano, que en vida fue un hombre libre, y probablemente un guerrero: es la definición de las “warrior burials” por excelencia⁷.

Todo ello no es una mera suposición arbitraria e infundada, ni se ha sostenido desde los comienzos de la Arqueología como disciplina

5 Por ejemplo, la Hélade en el Geométrico en inicios del arcaísmo mantuvo ritos con ajuares funerarios complejos que incluían armas, ritual que se fue modificando en época arcaica y clásica hasta desaparecer. Es el tránsito de una sociedad basada en los lazos de sangre, en el clan y la familia, hacia la comunidad política de ciudadanos (*cf.* Domínguez Monedero, 1991: 71).

6 “Burials have been described as containing more information per cubic meter than other archaeological features” (Crass, 2001: 105).

7 Sobre la formación del concepto de aristocracias guerreras en Europa desde la Edad del Bronce, sus rasgos característicos y su reflejo arqueológico, ver los perceptivos trabajos de Vandkilde (2006) y Kristiansen (1999). Sobre la esencial percepción del guerrero como un ideal masculino, ver en último lugar Resic (2006).

científica solo sobre la base de la rutina intelectual, sino que deriva de dos factores.

Por un lado, buena parte de lo que sabemos sobre la articulación social y los valores éticos asociados a los grupos dirigentes en las regiones y periodos mencionados se basa, además de en la arqueología, en estudios iconográficos y de fuentes literarias, muy abundantes en algunas sociedades y razonablemente frecuentes en la mayoría de las restantes. El análisis combinado de estas fuentes es extremadamente consistente a la hora de documentar en la Europa mediterránea, central y occidental, y entre *c.* 800 a. C. y *c.* 700 d. C., la existencia de sociedades, más o menos complejas, pero basadas en la existencia de aristocracias guerreras, en la que solo los hombres varones libres tenían el derecho de portar unas armas que adquirirían, además de su función militar, unas fuertes connotaciones simbólicas expresadas visualmente en su ubicación en las salas nobles de las casas, en las asambleas y en las tumbas. Las mujeres, salvo rarísimas excepciones, ni combatían ni portaban armas.

En segundo lugar, contamos con muchos menos análisis osteológicos publicados de lo que sería deseable, en especial para las grandes necrópolis excavadas antes de mediados del s. XX, y a ello se añaden las dificultades metodológicas de identificación fiable de sexo en restos a menudo muy dañados. En efecto, para ciertos momentos y culturas debemos tener en cuenta la más que notable dificultad añadida que supone el rito de cremación, que destruye la mayor parte de los huesos y deforma y altera los fragmentos y esquirlas supervivientes (aspecto ya bien reconocido desde Wells, 1960; Lange *et alii*, 1987: 17 y ss.; ver Mc Kinley, 1994). De hecho, la antropología británica parece sentirse muy incómoda con la mera idea de atribuir sexo a restos de cremaciones (Shepherd, 1999: 230) y prefiere, por ejemplo en el caso de los cementerios anglosajones, centrarse en los de rito inhumatorio⁸.

Los antropólogos franceses que trabajan sobre cremaciones en la Edad del Hierro en Francia meridional son por lo general muy reticentes a proponer una identificación de sexo sobre huesos cremados,

⁸ "Although is possible in theory to sex remains of cremated bone, this has been attempted too rarely to include as a comparable category in this study" (Shepherd, 1999: 230).

salvo que entre ellos figuren fragmentos fiables del coxal, único hueso que cabe considerar realmente diagnóstico: “Seul l’os coxal permet un score véritablement satisfaisant de détermination...; Les données morphologiques on été les plus employées, surtout en ce qui concerne a la robustesse (présupposé réservée au sexe masculine) ou la gracilité (considérée comme féminine). Conscients du caractère part trop simpliste de cette répartition, quelques chercheurs ont introduit des degrés de fiabilité dans la détermination... il suffira de rappeler que dans tous les travaux concernant la détermination sexuelle à partir d’os non brûlés autres que l’os coxal, la proportion des individus mal classés reste importante... On voit mal comment les scores de “réussite” pourraient être meilleurs sur des vestiges fragmentés et déformés par la crémation...” (Duday *et alii*, 2000: 8). Otros muchos investigadores mantienen la misma postura: “l’os coxal est la seule partie du squelette humain adulte dont les résultats concernant la diagnose sexuelle sont satisfaisants avec des pourcentages supérieurs à 95%” (Lenorzer, 2009: 79); “la forme de l’os coxal en particulier celle de la grande échancrure sciatique...” (Dedet, 2008: 29, también 2000: 312; y enfática com. pers.).

El estudio de la gracilidad ósea, en particular, se mira con cierto recelo por parte de algunos antropólogos: “Robustesse ou gracilité des os d’adultes ne constituent pas des critères discriminants sûrs pour la détermination du sexe. Toutefois, un squelette très robuste a plus de chance de correspondre à un homme et des os graciles d’appartenir à une femme” (Dedet, 2001: 313; también Lenorzer, 2009: 79). De hecho, los antropólogos son prudentes incluso con los huesos procedentes de inhumaciones: “La détermination du sexe des défunts d’après les os n’est presque jamais réalisable lorsque le corps a été incinéré; quant aux inhumés, nombreux dans le domaine oriental, l’état de conservation des coxaux, en général mauvais, rend rarement possible cette détermination” (Dedet, 2009: 208). En la misma línea Evans (2007: 36). En general, sobre la fiabilidad de los análisis osteológicos para la identificación de sexo en diferentes contextos culturales ver síntesis en Gómez Bellard (1996: 59), y también Shepherd (1999: 229); Effros (2000: 636); Gräslund (2001: 89); De Miguel (2005: 329).

En particular, recientemente se ha llamado la atención sobre serios problemas metodológicos en la identificación de sexo (en especial en subadultos) en análisis antropológicos del ámbito escita-saurómata en el sur de Ucrania y Rusia, precisamente donde se están ofreciendo teorías especialmente espectaculares sobre las actividades bélicas y religiosas de mujeres enterradas en *kurganes* (*vid infra*; cf. Hanks, 2008: 22–24).

Por lo general, los especialistas en España tienden a ser algo más optimistas sobre las posibilidades de identificación de sexo a partir de los índices de gracilidad generales de los restos conservados, del análisis de fragmentos de ciertos huesos del tronco o de la cabeza o incluso de huesos pequeños de extremidades (*e.g.* De Miguel, 2005: 329; Trancho y Robledo, 2010: 125–126). Pero se han producido a veces lo que parecen excesos de optimismo en la identificación, y ello no solo en nuestra opinión –que tiene en esto un valor limitado (Quesada, 1997: 638)– sino en la de antropólogos muy experimentados: “Consideramos normal que sea elevado el número de los individuos sin identificación de edad o sexo, pues casi todos los autores son muy cautos en este aspecto, aunque algún autor, con el cual discrepo (Reverte, 1985) sea capaz de determinar edad y sexo en el 100% de los escasos restos postincineración incluyendo los infantiles” (Campillo, 1995: 325). En la misma línea, aunque no tan explícita Garralda (1986: 191 y com. pers). En conjunto, parece muy recomendable la postura expresada hace ya algunos años por F. Gómez Bellard: “no señalamos el sexo de ninguna cremación si no pensamos que las posibilidades de equivocarnos son inferiores al 20%. Pensamos que es mejor proporcionar al arqueólogo menos datos antropológicos que brindarle datos falsos o dudosos... el porcentaje de sujetos correctamente sexados no suele sobrepasar el 40%. Esta cifra puede disminuir drásticamente si la presencia de sujetos inmaduros es importante” (1996: 59).

Sin embargo, no entraremos aquí en la comparación detallada de métodos ni trataremos de evaluar la fiabilidad de unos estudios muy especializados en los que no pretenderemos ser peritos. Pero en todo caso recordaremos que las “osteological sciences are based upon solid methodology, but few physical anthropologists would claim that their findings were absolute” (Evans, 2004: 36).

Pero incluso valorando todas estas dificultades, hasta ahora por lo general los análisis osteológicos han venido mostrando un buen ajuste, estadísticamente hablando entre tumbas masculinas y presencia de armas (e.g. Brun, 1987: 121; Arnold, 1995: 371; Quesada, 1997: 639; Evans, 2004: 217, para distintas culturas y periodos, *infra*). Aunque es cierto que en muchas ocasiones no sabemos si los análisis osteológicos fueron realizados “a ciegas” –requisito metodológico que debiera ser indispensable⁹, lo que sabíamos hasta hace muy poco indicaba que la presencia de armas en tumbas femeninas (las infantiles plantean problemas diferentes en cierta medida, que planteamos en otro lugar) era absolutamente excepcional. Lo normal es que no todas las sepulturas masculinas, ni mucho menos, tengan armas en sus ajuares funerarios, pero que cuando aparecen, se asocien a varones. Esta realidad nos puede haber llevado a una cierta complacencia intelectual, ya que no se ha buscado, hasta hace muy poco, explicar sistemáticamente unas excepciones que, si realmente se dan, deben ser significativas, en especial dentro del marco de los estudios de género.

Ahora bien, si hay algunas asociaciones armas/sexo femenino, y si lo que buscamos es una correcta metodología a la hora de evaluar las consecuencias e implicaciones que puede acarrear tal hecho, es evidente que no resulta razonable emplear estudios que parten de la connotación masculina prejujada de las armas para identificar sexo.

Bastantes trabajos, incluso relativamente recientes, aceptan explícitamente la connotación de determinados tipos de objetos del ajuar funerario como indicadores de sexo, incluso prefiriéndolos cuando hay conflicto a la propia identificación de los huesos (Hirst, 1985: 33–34; otros ejemplos en Effros, 2000: 634–635; Lucy, 1997: 154–115; discusión en Shepherd, 1999: 228–229). Estos autores parten de la base de que

9 Los estudios osteológicos en los que el antropólogo conoce el ajuar pueden llevarle, incluso inconscientemente, a sesgar casos dudosos de acuerdo con el patrón tradicional, ya que de ese modo el análisis parece refrendarse por el estudio, en apariencia independiente, del ajuar. A su vez, el arqueólogo tenderá entonces a ver validada la visión tradicional, crecientemente apoyada por la osteología (para este razonamiento circular, ver Evans, 2004: 181). Pero también puede darse el caso inverso de un antropólogo de vocación más inconformista que tienda a dar atribuciones de sexo que contrasten con la interpretación tradicional, lo que sin duda resultará en una publicación más polémica y atractiva.

a menudo las identificaciones osteológicas realizadas “a ciegas” por antropólogos ajustan bastante bien con las propuestas independientes de los arqueólogos a través del ajuar, como Gran Bretaña (cementerio anglosajón de cremación en Illington, “anatomical sexing agrees tolerably well with sexing based on the nature of the grave goods, in so far as it may be considered justifiable to use these at all as a basis of sex determination”, Wells, 1960: 31). En la misma línea están Duday *et alii* (2000: 9): “l’étude anthropologique est encore d’un faible secours pour la détermination du sexe dans la plupart des sépultures à incineration. C’est pourquoi le mobilier associé au défunt a souvent été jugé plus pertinent que les ossements, même si l’affirmation du caractère masculin ou féminin d’un objet appelle parfois quelques réserves...”; y Shepherd (1999: 229). Dadas las dificultades antes mencionadas de la identificación osteológica del sexo, esta postura clásica puede llegar en determinados casos a ser un sano contrapeso a posibles excesos de confianza en la identificación de sexo. Al menos el recordatorio de que los análisis antropométricos no son inapelables es un ejercicio intelectual sano.

Con todo, en conjunto la postura de primar el ajuar sobre la identificación antropológica para sexar, por razonable que pueda ser en algunos casos, debilita la fuerza de los argumentos, y debería ser abandonada incluso si ello implica presentar menos datos. Porque tal proceder conduce inevitablemente a un efecto acumulativo de “bola de nieve”, por el que cada vez se publicarían más asociaciones *inferidas* de armas a tumbas masculinas, que en realidad no están *demostradas* por el análisis osteológico, pero que se aplican a nuevos estudios sucesivos, autoalimentándose y creando un patrón de apariencia sólida pero que sufre el vicio de partida de no sustentarse en análisis independientes del propio presupuesto de partida tradicional.

En ese sentido, los planteamientos más rigurosos que se consideran exigibles en España desde la publicación de casos como el de Baza 155 no pueden ser más bienvenidos. Aunque discrepamos del tono a menudo hiriente de Lucy para quien el empleo del ajuar funerario para sexar tumbas es “ridiculous” (Lucy, 1997: 155), coincidimos en lo esencial, en que “the relationship between grave goods, gender and sex must be investigated, not assumed” (*ibidem*), y así lo hemos man-

tenido explícitamente desde hace muchos años (*e.g.* Quesada, 1998: 193–194). Creemos sin embargo excesivamente caricaturesco el planteamiento de Lucy (1997: 155) en el sentido de que quienes consideran válido el empleo de los ajuares como caracterizadores de sexo además de género, “when the data disagrees... “scientific” findings are rejected in favour of the stereotype”, porque estadísticamente los datos de ajuar y osteología rara vez están en desacuerdo, y por su lado la osteología dista de ser una ciencia exacta. De hecho, el “estereotipo,” como iremos viendo, parece cumplirse en la inmensa mayoría de los casos en lo que se refiere a las asociaciones armas/varones, por mucho que haya excepciones a explicar.

El ámbito centroeuropeo: Hallstatt y la Primera Edad del Hierro

Resulta difícil generalizar cuando se habla de un espacio y tiempo muy amplios, pero la presencia de armamento en tumbas del ámbito céltico en Europa Occidental desde *c.* 800 a *c.* 100 a. C. sufre unas oscilaciones notables, asociadas evidentemente a la estructura política y social y a la ideología de cada periodo, y en particular a la forma en que los aristócratas quisieron dar de ellos mismos y de su plaza en la comunidad. Luc Baray ha podido sintetizar recientemente cuatro fases que resumimos convenientemente (Baray, 2007). Durante el s. VIII y hasta mediados del s. VI a. C., y de nuevo en La Tène I desde *c.* 4475 a *c.* 300 a. C. los valores guerreros son un referente clave en la composición de los ajuares funerarios, de carácter más marcadamente aristocrático en el primero de los periodos. Entre *c.* 550 a. C. y *c.* 475 a. C., por el contrario, y de nuevo desde el s. III a. C. es “la présence récurrente du service à banquet/symposium nous introduit dans l’esphère des représentations collectives et du partage, sans pour autant que la compétition en soit absente” (Baray, 2007: 186). A partir del s. III a. C. el clientelismo y el banquete público (no el banquete aristocrático del s. VI) toman lugar preferente en unos ajuares simplificados.

No deja de ser significativo que una reciente publicación categorice la aparición de la cultura de Hallstatt del siguiente modo: “Le premier âge du Fer dit période de Hallstatt débute vers 820 av. J. C., moment où apparaissent les premières tombes à épées et ou cesse

l'occupation des habitats lacustres du Bronze Final" (Chaume, 2007: 25). Las armas parecen siempre ocupar un lugar central en las definiciones de la Edad del Hierro.

Hasta el s. V a. C., la inferencia tradicional de que las armas son buenos indicadores sexuales masculinos en los ajueres funerarios parece en general correcta cuando se coteja con datos antropológicos modernos. Así, "Dans le passé, on a souvent identifié le sexe des individus découverts en fonction du mobilier de la tombe. En présence d'armes, il s'agissait d'un homme, les parures signalaient une femme. Les séries de déterminations faites en Allemagne du sud-ouest d'après la morphologie des squelettes invitent à la prudence. Pour les tombes attribuées à des hommes en fonction du mobilier, l'anthropologie physique apporte une confirmation: 75% sont sûrement des hommes, les 25% restants le sont probablement. Pour les tombes attribuées archéologiquement aux femmes en revanche, le taux d'erreur s'élève à 19%; 68% se révèlent sûres, et 13% demeurent incertaines. En fait, seules les armes distinguent sans doute les hommes à cette période [el s. VI a. C.]. Les fibules, les épingles, les bracelets, les anneaux de jambes ou les ceintures étaient portés aussi bien par les hommes que par les femmes" (Brun, 1987: 121). Veremos que se repite una y otra vez en los casos de estudio seleccionados esta ambigüedad por la que las armas presentan en general muy buena correlación con sexo masculino, mientras que otros marcadores tradicionalmente usados como las joyas, espejos, peines o fusayolas (todos ellos elementos supuestamente femeninos) resultan ser neutros.

En todo caso, buena parte de la tradición investigadora europea presta hasta ahora escasa atención a las cuestiones que ahora tratamos, según se aprecia en recientes publicaciones colectivas (Dedet *et alii*, 2000), pero cuando hay referencias, se asume que las tumbas con armamento son masculinas (Olivier, 2000: 215, 218, etc.). Creemos que es la escuela anglosajona –y ahora la española– la que está proporcionando enfoques nuevos más relevantes (Arnold, 1995).

Y la conclusión básica de esta escuela para el Hallstatt final es que antes del 480 a. C. "there are no unequivocally female elite burials containing gold neck rings in association with high status markers... [four-wheeled wagons, bronze drinking vessels and bronze daggers]"

(1995: 154). El caso de la tumba de Vix, fechada c. 500/480 a. C., es un buen ejemplo de la presencia de elementos “masculinos” de altísimo estatus en una tumba femenina, pero sin presencia de armas (Arnold, 1991: 76 y ss. para una discusión desde la perspectiva de género). Y esa misma escuela preocupada con el género admite inequívocamente que, aunque metodológicamente no es lo correcto asignar sexo a partir de los ajuares, cuando se contrastan datos “in general there is a good correlation between particular grave good assemblages and male or female gender in Iron–Age western Europe... this correlation is confirmed by anthropological data where it is available” (Arnold, 1995: 155).

Hay algunos casos de tumbas del Hallstatt en las que aparecen armas asociadas a elementos “femeninos” como adornos, caso de dos tumbas del cementerio de Stuttgart–Bad Cannstatt en las que junto a ornamentos de oro aparecieron sendas puntas de lanza. El excavador las clasificó como propias de travestidos precisamente por la mezcla aparente de géneros en los ajuares (Pauli en Arnold, 1991: 96), y a falta de un análisis osteológico moderno suelen ser dadas como masculinas, contra la opinión de B. Arnold (1991: 86, 97). Hay más casos, sin embargo: en el túmulo 1 de Giessübel–Talhau aparecieron tres individuos, un varón y dos mujeres, de las cuales una tenía asociada una punta de lanza de bronce decorada. Para Arnold, esta tumba, que no es de alto estatus, refleja la ambigüedad de la lanza (1991: 88). Más adelante veremos que el mismo fenómeno se da, un milenio más tarde, en el mundo anglosajón, donde las puntas de lanza aisladas son las únicas que pueden aparecer en tumbas femeninas (*vid infra*), lo que indica un posible carácter diferencial para las lanzas (Biel, 1981: 138). Sin embargo, “the occurrence of weapons in some West Hallstatt female burials does not necessarily indicate the existence of early Iron Age Amazons. Some of the weapon types found in male elite burials primarily functioned as insignia, and should be interpreted as an indication of rank rather than occupation” (Arnold, 1991: 88)

En la Francia meridional, donde la tradición de cremaciones ha creado una escuela especializada en estos análisis, B. Dedet (2009: 208 y ss.) parte también de la “connotation” masculina de las armas (y de la vajilla metálica y cuchillos), en las necrópolis del Bronce Final

IIIb y Primera Edad del Hierro del mediodía galo, para “présumer” la composición por sexo de esos cementerios a falta de datos osteológicos precisos (*supra* sobre el uso del coxal como criterio fiable pero infrecuente). En general, para el sur de Francia, los diferentes autores utilizan como Dedet una combinación de análisis osteológico y de ajuar para la identificación de sexo, lo que hace imposible que surjan anomalías aparentes. En todo caso, las armas son excepcionales en las sepulturas de esta región en el Bronce Final IIIb, y escasas en el Hierro I (s. VII a. C.). Por ejemplo, en Grand Bassin I en Mailhac solo el 1% de las tumbas contiene armas (Dedet, 2009: 219). El brusco crecimiento en la panoplia a partir del s. VI (Mailhac, les Peyros, Corno Lauzo y un largo etc.) no está estudiado desde una perspectiva de género, aunque sí se ha observado que el porcentaje de tumbas con armas no se acerca siquiera al total de las sepulturas masculinas, lo que es una constante en todas las culturas europeas de este periodo y del Hierro II.

El reciente y masivo estudio sobre más de doscientos cuarenta necrópolis en la zona meridional, pero ya algo interior y montañosa, de las Grands Causses (Bronce Final II–s. V a. C.) (Dedet, 2001) tampoco se preocupa en exceso por la cuestión, pese a tener un fuerte componente de análisis osteológico (Dedet, 2001: 254 y ss.). Es llamativo que las armas no son solo muy escasas en esta región a lo largo de todo el periodo (dieciocho tumbas) sino que no forman panoplias; son armas sueltas (espadas o puntas de flecha) y faltan significativamente lanzas (un solo caso) o armas defensivas (ninguno). El estudio osteológico es impreciso: casi siempre se trata de tumbas de adultos robustos o adultos (resto no conocido), sin posibilidad de identificar con precisión el sexo (Dedet, 2001: Table XXXVI). La mayoría de las armas aparecen en contextos del Hierro I (s. VII) y no en el Bronce Final. En todo caso, el número total de casos en que se ha podido identificar sexo es bajo para una zona y periodo muy amplios, hasta el punto que, si bien es cierto que ninguna de las nueve mujeres identificadas viene acompañada por un arma, tampoco lo están ninguno de los diez varones. El único dato disponible es que se trata de adultos. Sin embargo, Dedet se inclina claramente por considerar que las tumbas con armas pertenecen a varones aunque reconoce contar solo con la robustez de tres de cuatro casos claros (2001: 315, 317).

El muy reciente y riguroso análisis efectuado por Sandrine Lenorzer (2009) sobre las cremaciones en Francia meridional desde, retomando incluso los estudios citados antes, entre el final del Bronce y avanzado el Hierro I hasta *c.* 500/475 a. C. El estudio es básicamente antropológico, y dada su amplitud, no dedica análisis excesivamente detallado a las relaciones con ajuares, al tiempo que no se atreve a realizar demasiadas identificaciones de sexo con lo que el resultado para el arqueólogo es modesto, aunque la autora promete un ulterior estudio sobre “sexo arqueológico” (2009: 80).

La Segunda Edad del Hierro y ámbito de La Tène

A partir de principios del s. V a. C. la presencia de tumbas de carros y de armas (dos conjuntos que se intersectan ampliamente pero no son exactamente coincidentes) se generalizó en Europa Occidental. La desaparición en los ajuares de los servicios de bebida en bronce y parte de los objetos de oro característicos de la fase anterior da una sensación de relativa modestia comparativa de los depósitos funerarios. Es en este momento cuando, de manera generalizada, “l’omniprésence des armes et notamment du char à deux roues dans les sépultures aristocratiques met de nouveau l’accent sur la dimension guerrière de l’idéologie funéraire” (Baray, 2007: 182).

El mayor problema para identificar género en los enterramientos de la Segunda Edad del Hierro europeo es la antigüedad de la excavación de muchos de los principales yacimientos, y la correspondiente ausencia de estudios antropológicos. Cuando se reexaminan hoy esos materiales, a menudo los huesos han desaparecido, o al menos su asociación con ajuares concretos, lo que hace imposible un estudio sistemático. Solo desde los años ochenta del s. XX comenzamos a tener información adecuada, pero a menudo dañada por la persistencia de la asociación automática de tumbas con armas a varones sin necesidad de proceder a un estudio osteológico lento y costoso (Evans, 2004: 35–36, con el caso de la cuenca del Sena).

Hemos visto antes cómo en la Primera Edad del Hierro se acepta que las tumbas femeninas carecen de armas (no al menos que hayamos podido localizar). Para el periodo de La Tène temprano con-

tamos con un estudio específico de Bettina Arnold (1995), centrado en determinar si la aparición de tumbas de alto rango con elementos tradicionalmente asociados al universo masculino (elementos de banquete, torques, vehículos) se debe a que a su muerte dichas mujeres se convertían en “varones honorarios”, o si en realidad debe valorarse su rango desde la perspectiva femenina. Su respuesta es, claramente, la segunda (Arnold, 1995: 165), postura que ha gozado de aceptación entre especialistas en arqueología de género (*cf.* Gräslund 2001:92).

Pero Arnold, y coincidiendo con P. Brun (*supra*), “The only pan-regional exclusively male-goods in the Western European Iron Age were weapons, especially daggers (late Hallstatt) and swords (La Tène)” (Arnold, 1995: 165). Y es precisamente por ello por lo que Arnold cree que las tumbas femeninas de estatus deben leerse desde la óptica femenina, como “high status women as women, not as men” porque “an honoray male Iron-Age burial... should contain a biologically female individual in conjunction not only with items of power (gold torc, drinking vessels, wagons or chariots) but also with weapons. None of the early-la-Tène high-status elite women’s graves contain weapons, and I argue that this is because weapons are intended to convey a message primarily regarding gender, and only secondarily status. Weapons are found in graves that do not belong to the highest ranking group, but gold torcs are clearly an exclusiver high status marker” (Arnold, 1995: 165).

En una línea ligeramente distinta, el detallado estudio estadístico de Thomas L. Evans le lleva a definir las armas, entre *c.* 600 y 130 a. C., como un “engendering warrior assemblage” (Evans, 2004: 217), al contrario que casi todas las demás categorías de ajuar, para inmediatamente recordar que la presencia de algunos casos en los que, o bien una mujer aparece con armas, o bien hay varones con elementos “femeninos”. Eso le lleva a concluir que “while there appears to be some biological sex-based preference as to which items are buried with which individual, there is no solid biological exclusivity” (2004: 217). En tal caso, aunque las anomalías que buscamos se dan ocasionalmente, ocurren en sepulturas de rango medio, no en las de elite estudiadas por B. Arnold.

Uno de esos posibles ejemplos aislados es la sepultura 12 de Tinquieux (Flouest y Stead, 1981): el examen del fémur de un esqueleto deteriorado (no había elementos diagnósticos mejores) permitió la identificación tentativa de una mujer de entre diecisiete y veinticinco años, en cuyo ajuar apareció una espada cruzada sobre el pecho (en una colocación no normativa, frente a la usual a lo largo del costado). Todo ello llevó a su –¿discutible?– clasificación final como tumba masculina. En otros yacimientos puede aparecer algún adolescente con puntas de lanza colocadas en posición no normativa, pero este es un caso diferente, como lo son los de ajuares “mixtos” en los que no ha sido posible identificar osteológicamente el sexo del ocupante de la tumba (Evans, 2004: 37–38). En efecto, se han citado otros casos como ambiguos, sobre la base de que mezclan elementos de ajuar masculinos y femeninos, pero la ausencia de una identificación antropológica no permite analizarlos aquí, como tampoco la cuestión de un posible “tercer género” en la Edad del Hierro Europea (*cf.* Arnold, 1991: 126 y ss., y 105 y ss. respectivamente).

Un fenómeno solo parcialmente relacionado es la aparición de reliquias. En la tumba de La Tène del s. II a. C. de Sinsheim–Dühren apareció, en una tumba femenina muy rica, una punta de lanza de bronce de la época de los Campos de Urnas, fuera de uso hacia siglos (Arnold, 1991: 88–89; 132).

Evans propone un estudio sistemático de categorías de género que incluye la definición de varios géneros en lugar de dos (2004: 183, 217) y, más aún, en una interesante propuesta metodológica, la identificación de “Masculine males –biological males with masculine grave goods”, “Masculine females –biological females with masculine grave goods” y así hasta diez categorías diferentes (Evans, 2004: App. B.3, 278 y ss.).

Pero pese a casos como estos, lo cierto es que cuando contamos con análisis osteológicos, los patrones suelen conformarse con la visión tradicional (Evans, 2004: 180–181). En las excavaciones relativamente recientes de los cementerios de Rouliers y Mont Troté con doscientas cincuenta tumbas fechables entre *c.* fin del s. VI y el s. III a. C. (Rozoy, 1986) no hay un solo caso de tumbas con armas y análisis osteológico femenino. Es por ello que es todavía bastante general la opinión de

que “L`équipement militaire est un attribut exclusivement masculin” en la necrópolis de Bucy-le-Long (Aisne) (La Tène I, c. 475–300 a. C.) (Desenne *et alii*, 2007: 163).

Una nota sobre el mundo griego

El estudio del mundo funerario griego tiene una gran tradición bibliográfica en la que la gran variabilidad en el tiempo y el espacio es tema recurrente (Kurtz y Boardman, 1971; Garland, 1984; Morris, 1987, 1992; Sourvinou-Inwood, 1995), pero su aproximación rara vez se ha centrado en los problemas de sexo y género, y menos aún en el contraste de sexo biológico y género en los ajuares funerarios. La escasez de armas en los ajuares a partir del arcaísmo, y otras preocupaciones, ha hecho que por lo general los trabajos específicamente preocupados por las atribuciones de sexo biológico se hagan a partir de la composición de los ajuares y no del examen osteológico (Cerchai, 1982). Incluso trabajos relativamente recientes utilizan metodología compleja para demostrar que el estudio de ajuares es relevante y fiable para identificar sexo en ausencia de análisis osteológico. La monografía de Agneta Strömberg (1993) analiza seiscientas tumbas de Atenas en la Edad del Hierro, y llega a esa conclusión. En particular, considera que las armas son extraordinariamente infrecuentes en Atenas en contextos desde el SM hasta el final del PG (treinta y dos tumbas sobre seiscientas en un periodo de cuatrocientos años), y que son un claro marcador masculino. Desde la perspectiva metodológica que indicamos al principio de este trabajo, estos estudios no son válidos puesto que utilizan la interpretación de lo definido (presencia de armas) para la definición (sexo).

Algo parecido ocurre con el estudio de Beatrice Alexander (2000) sobre el concepto de “warrior burial” en el Egeo y Chipre en la “Edad Oscura”, que coincide en aceptar que las armas son una “mark of elite male status”. Y aunque el trabajo analiza la ausencia de panoplias completas (muchas veces la única pieza de armamento es una moharra de lanza) y extrae de ello conclusiones sobre el simbolismo de la presencia de armas, más que una composición completa de la pano-

plia, parece aceptar al mismo nivel “osteologically described or assumed male burial with weapons” (Alexander, 2000).

En uno de los muy escasos trabajos específicos dedicados a los problemas de sexo y género en la Grecia antigua, De Polignac (2007) ha insistido en los problemas planteados por la enorme variabilidad en el tiempo y el espacio. Con todo, mantiene parámetros clásicos como la distinción de sexo por el ajuar –especialmente la presencia de armas para tumbas masculinas– en los cementerios atenienses de la Primera Edad del Hierro (De Polignac, 2007: 352). Sin embargo, el texto se abre ya a la posibilidad de que la presencia de armas no implique la de un guerrero, sino “un certain idéal”, y reconoce que están apareciendo espejos “femeninos” en tumbas masculinas, y objetos tradicionalmente considerados tan masculinos como los estrígiles en tumbas femeninas (De Polignac, 2007: 353), lo que plantea una discordancia entre la iconografía de los monumentos funerarios, donde espejos y estrígiles marcan sexo y género¹⁰, y el interior, donde los ajuares nos dicen otra cosa.

En todo caso, nuestro repaso tiene que ver con sociedades más próximas estructuralmente a las de Iberia en la Edad del Hierro, y por ello, y razones de espacio, no nos detendremos aquí más en el mundo heleno.

¿Un caso sorprendente? Amazonas guerreras en Europa Oriental

No es razonablemente posible considerar cercana la estructura social –por no hablar de la cultura material– de las estepas euroasiáticas a la de los pueblos de la Edad del Hierro en Europa centro-occidental. Galos, germanos, celtíberos, iberos y sus inmediatos ancestros, y sus sucesores germanos, francos o anglosajones, con todas sus diferencias, comparten un entorno cultural y geográfico sujeto a las mismas grandes influencias del mundo clásico y una base social con elementos comunes.

Precisamente por ello es útil observar el panorama que nos ofrece el ritual funerario del área al norte y noreste del Mar Negro en estos

10 “strigile/homme/vie publique et miroir/femme/vie privée”.

mismos periodos. Se acepta de manera crecientemente generalizada a medida que se conocen las excavaciones de época soviética en Ucrania que las narraciones herodoteas sobre amazonas guerreras del ámbito del Ponto Euxino, en Escitia (Herodoto, 4, 16; 110 y ss.) historias que por ejemplo nunca aparecen en las narraciones de autores clásicos sobre los galos, germanos o iberos, tienen una base real documentada arqueológicamente (sobre las amazonas de la literatura y su engarce con la arqueología moderna, ver algunos detalles en Guliaev, 2003: 113 y ss.; Hanks, 2008: 18 y ss.; Kelekna, 2009: 178 y ss.).

Pese a las dificultades de transmisión del conocimiento arqueológico durante el periodo soviético, algunos datos eran ya fácilmente disponibles en Occidente a principios de los años ochenta del s. XX, probando la existencia de tumbas femeninas con armas en el Don, confirmando pues, en la historiografía soviética, lo dicho por Herodoto para el siglo anterior (Smirnov, 1982). Se trata de tumbas asociables a los pueblos escitas y sus vecinos sauromatas y sus descendientes los sarmatas. El *kurgan* 4 de Sladkovskij fechable bien en el s. IV a. C: por un ánfora griega de Sinope, es un túmulo colectivo (al menos ocho personas) parcialmente saqueado en el que el antropólogo Prof. A. Zubov identificó en el ángulo sureste, el mejor conservado y sin remover, una mujer adulta “d’après des dents conservées en bon état” (*sic.* nota 5). El ajuar inmediato y asociado contenía elementos normalmente asociados a mujeres como un espejo de bronce, pendientes de plata, un brazalete, una pulsera de cuentas de pasta en forma de anforitas... pero también, al lado, dos puntas de lanza (una de ellas de medio metro de longitud, claramente un arma de guerra), una espada de hierro alineada con el brazo de la difunta, y un carcaj lleno de puntas de flecha en bronce y hierro. El enterramiento femenino nº 2 del *kurgan* 30 de Elizavetovsky, en la misma región, muestra un ajuar similar en que se combinan un ánfora griega, brazaletes, collares, espejo y puntas de flecha, lanzas y una espada de hierro (Guliaev, 2003: 116 y ss.). Estos enterramientos proceden de la zona de Rostov, en la desembocadura del Don junto al mar de Azov; pero lo que en principio parecía un fenómeno limítrofe con el Mar Negro se extiende ya muy al interior, a la zona del Don Medio hasta Voronezh (Guliaev, 2003: 117 y ss.): entre 1993 y 2001 se han hallado junto a Voronezh al menos cinco tumbas

femeninas bajo túmulo con armas fechables entre fines del s. V y el s. IV a. C. Todas las mujeres muestran, según los análisis antropológicos, edades de entre veinte y treinta años a su fallecimiento, y en todos los casos los ajuares pertenecen al nivel superior de la cultura escita.

Otras muchas excavaciones desarrolladas en los años sesenta-setenta del s. XX en Ucrania y Rusia meridional han contribuido a confirmar lo anterior con mejores datos. En el curso medio del Don las mujeres sauromatas gozaban de un alto rango, funciones rituales y que en sus tumbas se depositaban armas con regularidad. Según Valeri Guliaev (2003: 114–115) hacia 1991 se conocían al menos ciento doce sepulturas femeninas con armas en la zona entre el Danubio y el Don, la antigua Escitia, y el 70% de esas tumbas pertenecían a mujeres jóvenes de entre dieciséis y treinta años. Las espadas son una rareza en estas tumbas (pese al ejemplo antes citado), y las armas más frecuentes son moharras de lanza y puntas de flecha. Es posible que si interpretamos literalmente estos ajuares, “Scythian warrior women should be considered as participants in special, lightly armed detachments of the Scythian army during the fifth to fourth centuries BC” (Guliaev citando un trabajo en ruso de 1991 de E. Fialko), pero tal cosa peca a nuestro juicio de exceso de literalidad. Más innecesario aún resulta el intento de alguna arqueóloga de justificar la superioridad de las mujeres como jinetes arqueros: según R. Rolle, que ha excavado directamente *kurganes* con tumbas femeninas con armas en Certomylik y otros lugares, las mujeres no sufren los problemas de impotencia e inflamación testicular que sufren los varones que montan a caballo durante largos periodos y distancias, y el arco puede ser dominado por mujeres con la misma eficacia que los varones, sin necesidad de fuerza bruta (*cit. por Wilde, 2000b*).

Dado que, además, los cementerios de *kurganes* (en Ucrania pero también en la región del Volga y en los Urales) no reflejan la totalidad de la población, sino solo a unos adultos especialmente distinguidos (ni siquiera a todas las familias nobles, Anthony, 2007: 328), el que hasta un 20% de los *kurganes* más ricos de la zona del bajo Don–bajo Volga contenga cuerpos de mujeres (identificadas osteológicamente) preparadas para el combate indica para muchos que no solo ostentaron roles de género masculino, sino que realmente combatieron, inspirando

quizá las historias de Herodoto (Guliaev, 2003; Jones–Bley, 2008: 38 y ss.; Kelekna, 2009: 86). La cifra del 20% se repite una y otra vez (Anthony, 2007: 329; Berseneva, 2008: 138; Mayor y Ober, 2008: 52; etc.) y parece proceder de una fuente común, un trabajo en ruso de K. Smirnov de 1989 referida a los Sauromatas, al este de los escitas, mientras que Guliaev proporciona un número absoluto de ciento doce tumbas escitas entre el Danubio y el Don. E. Bunyatyan apuntada en 1985 datos más radicales: el 97,4% de las tumbas masculinas “escitas” tendrían armas, y nada menos que el 50% de las femeninas (1985, *cit.* por Berseneva, 2008: 139). Pero el dato es por completo inválido por proceder de asignaciones basadas en ajuares y no en datos osteológicos.

En Pokrovka (Rusia, cerca de la frontera con Kazajstán) se ha excavado con posterioridad a esos datos una necrópolis tumular atribuida a los Sauromatas (desde c. 600 a. C.) y luego a los Sarmatas (desde c. 400 a. C.) (Davis–Kimball, 1997, 2002, entre una amplia bibliografía). Al menos el 94% de las tumbas masculinas y el 15% de las femeninas (siete) contenía armas (puntas de flecha, lanzas, más raramente espadas) y elementos asociados (piedras de afilar). La interpretación más directa de estos hallazgos sería en clave de género, donde las mujeres en determinados casos podrían ocupar “social positions normally assigned to men” (Anthony, 2007: 329), pero en Pokrovka una mujer murió por una flecha, todavía incrustada en su cuerpo, y otra –al parecer una joven de trece o catorce años– presentaba la curvatura de los huesos de las piernas característica de quien ha pasado su vida montada a caballo (Davis–Kimball, 1997; 2002: 56 y ss.). Jones–Bley insiste también en marcas sobre esqueletos femeninos de “head and body wounds typical of battle” (2008: 41), aunque tal evidencia es en realidad ambigua: en algunos casos como en Pokrovka la muerte de un flechazo, o las heridas de espada en la cabeza de la mujer enterrada con armas en el *kurgan* 22 de Volnaya (Ucrania) (Jones–Bley, 2008: 41), podrían alternativamente ser interpretadas como una masacre de vencidos o prisioneros, no necesariamente un combate¹¹.

11 Pese a que se aleja mucho de nuestro marco de referencia, no queremos dejar de comentar que estas preocupaciones afectan a otros muchos registros arqueológicos, caso del estudio de los análisis de traumas en huesos de mujeres de tribus de las praderas de Norteamérica: Sandra Hollimon los interpretó originalmente como una masacre de mujeres que se agazapaban en sus chozas, pero declara haber estado

Más al este, en Siberia occidental el análisis de cuatrocientos diez enterramientos con cuatrocientos cincuenta y cuatro individuos en los túmulos de la cultura Sargat (Berseneva, 2008) muestra un patrón similar aunque más restringido: aproximadamente un 20% de las tumbas femeninas (se infiere que sexadas osteológicamente) tienen armas, pero en todos los casos se trata de puntas de flecha, asociables a la caza tanto como a la guerra (*contra* Berseneva, 2008: 139; *pro* Hanks, 2008: 27; y también *pro* Moshkova, 1994 *cit.* por Hanks, 2008: 26), y nunca espadas o elementos de protección corporal, asociadas al combate cuerpo a cuerpo contra enemigos humanos. Los arreos de caballo asociados a tumbas femeninas son también extremadamente raros (Berseneva, 2008: 141). La conclusión de Berseneva recuerda a la de P. Brun para Europa central en el Hierro I (Brun, 1987: 121): “certain types of artifacts were limited to females, while none were limited only to males, including mirrors” (*ibidem*: 141). Y como en Iberia, las fusayolas no se asocian exclusivamente a mujeres. Pero finalmente Berseneva debe reconocer que hay al menos un elemento que nunca se asocia a mujeres y a niños y solo a varones: espadas y elementos de coraza (2008: 149).

Para algunos autores, como V. Guliaev (2003: 120; Webster Wilde, 2000a, 2000b; Davis–Kimball, 1997, 2002) nos encontraríamos pues en el mundo escita y sauromata/sármata ante verdaderas amazonas combatientes, incluso con una función concreta en la estructura militar de escitas y sauromatas y por tanto ante una reivindicación de Herodoto. En la hipótesis de Guliaev (2003: 120–121), la función sería permanecer en armas guardando los hogares durante expediciones de varones–, hemos visto que Fialko (1991) creía que eran tropas ligeras a caballo, y Berseneva (2008: 132) abunda en la idea de que “armed women were part of a group of women in the higher echelons of nomadic society; they could participate in raids on creek–side settlements or other sedentary communities. Female participation in raiding may have included a system of military obligation...”. El que la mejor documentación para pueblos nómadas esteparios pruebe que tal cosa

influida por un punto de vista androcéntrico (Hollimon, 2001: 179) por lo que ahora está dispuesta a considerar al menos parte de esas heridas como recibidas en combate (*ibidem*: 188).

no se daba no desanima a Berseneva: “Women did not take part in military campaigns, but we cannot extend this pattern of relations directly to prehistoric societies...” (2008: 133). Tal postura es además atractiva por lo rompedora en un mundo sujeto a modas, y no es de extrañar que, una vez que los datos empezaron a filtrarse hacia occidente, alcanzaran gran difusión incluso en la más importante prensa mundial, como el *New York Times*, que pudo dedicar largos artículos a estas amazonas arqueológicas (Wilford, 1997; Sawyer, 1997 citando los hallazgos de Davis–Kimball en Pokrovka antes comentados). Estos artículos demuestran, antes que cualquier otra cosa, la importancia de una buena oficina de prensa en una Universidad (en el caso de Davis–Kimball, Berkeley)¹².

Otros muchos autores, comenzando por los excavadores soviéticos de los años sesenta–setenta, a menudo creen que las armas se depositarían como emblemas de género masculino asociadas a personas de sexo femenino, sin que ello implicara su carácter de combatientes (e.g. Loman, 2004: 37–38, citando incluso las dudas de los propios autores clásicos). Otros, por fin, se muestran cuidadosamente ambiguos: “About 20% of Scythian–Sarmatian “warrior graves”... contained females dressed for battle as if they were men, a phenomenon that probably inspired the Greek tales about the Amazons... perhaps the people of this region customarily assigned some women leadership roles that were traditionally male” (Anthony, 2007: 329). Dato interesante para este debate debería ser la constatación de que al contrario de lo que ocurre con las tumbas femeninas escitas normales, las que corresponden a mujeres con armas son siempre las principales y primarias de sus respectivos *kurganes*, nunca secundarias e intrusivas (Guliaev, 2003: 115) lo que enfatiza el carácter especial de estos enterramientos en túmulo que ya de por sí son especiales. Y como Hanks ha recordado (2008: 19), la evidencia arqueológica de “amazonas guerreras” es

12 Determinadas facetas del mundo académico no se sustraen a una tendencia llamativa. El propio título del importante volumen coordinado por K. Linduff y K. Robinson (2008) “Are all warriors male?” cuando el libro en sí discute mil otras cosas, es tan significativo como la alusión de R. Wright en el prólogo “Fans of the television program Xena, Warrior Princess, will be relieved to learn that this idea is not a total fantasy...” (Wright, 2008: xiii).

indirecta a partir de una asociación de objetos de ajuar a esqueletos, mientras que faltan indicadores bioarqueológicos sistemáticos, como los huesos combados de la mujer de Pokrovka (*supra*).

En conjunto, creemos que la prudencia sobre la cuestión es más razonable que una lectura directa (armas=combatiente) tan simplista como la de arma=varón siempre, que estamos criticando.

Más sobre “mujeres guerreras” en Europa occidental

Además de las referencias herodoteas y de otros autores clásicos a amazonas guerreras en Europa Oriental, confirmadas como hemos visto arqueológicamente, hay ciertamente otros casos, como las referencias de Diodoro Sículo (3, 52–55) a las amazonas de Libia y su reina Mirina, pero pertenecen al ámbito del mito incluso para el propio Diodoro y por ahora carecen de contrastación arqueológica.

En la tradición literaria clásica sobre los pueblos bárbaros de Occidente, las mujeres pueden animar a los guerreros en un frenesí, caso de los britanos (Tácito, *Agricola* 30, 1), germanos (Tac. *Germ.* 8, 1; Cesar *Bell. Gal.* 1, 51), o hispanos (Salustio, *Hist.* 2, 92), pero no combaten salvo en casos excepcionales, como en asedios para arrojar piedras o tejas desde un tejado o muro, como le ocurrió al pobre Pirro de Epiro, derribado por una teja arrojada por una anciana furiosa y enseguida rematado (Plut. *Pirro* 34, 2) (ver otros ejemplos en Loman, 2004: 41 y ss.).

Una excepción notable es una oscura referencia de Apiano, quien comentando las campañas de Decimo Junio Bruto en Galicia¹³ hacia 137/6 a. C. escribe que “las mujeres luchaban al lado de los hombres y morían con ellos” (*Iber.* 71) e inmediatamente después insiste en que los brácaros eran un pueblo “enormemente belicoso que combate juntamente con sus mujeres que llevan armas y mueren con ardor sin que ninguno de ellos haga gesto de huir” (*Iber.* 72). Conviene tener en cuenta estas referencias para el futuro trabajo arqueológico. Dos fragmentos muy dañados de las *Historias* de Salustio parecen referirse a las hispanas. En el 91 (de Arusiano Mesio), nos indica que “las jóve-

13 Apiano está mal informado en este episodio: a Bruto le llama Sextus en lugar de Decimus, y es sospechoso que el río que cruza para entrar en el norte sea el Letes, “río del olvido”.

nes no eran enviadas por sus padres a casarse, sino que ellas mismas elegían a los más capacitados para la guerra” (II, 91); pero en el frg. 92 (Cod. Aurelianense) se nos indica no solo que “las madres contaban a sus varones que marchaban a la guerra o al bandidaje las hazañas militares de sus padres” sino que cuando Pompeyo se presentó en el 75 a. C. con su ejército y los ancianos aconsejaron la paz “ellas... se apartaron de los hombres y empuñaron las armas. Ocupado un lugar muy seguro, les atestiguaban que carecían de patria, de madres y de libertad y que por dicha razón a los varones les aguardaba la responsabilidad de los partos, del pecho y demás funciones femeninas. La juventud, inflamada con esta actitud, rechazó las propuestas de los mayores...” (frg. 92).

En otras referencias hispanas, sin embargo, el patrón es el contrario y más habitual: los vacceos llegan a vestirse de mujeres para sorprender a los romanos (Frontino, *Strat.* 4, 7, 33). De hecho, no se esperaba que las mujeres hispanas lucharan, y precisamente por ello hacia el 220 a. C., cuando Aníbal tomó *Salmantica* y exigió que los guerreros salieran de la ciudad inermes, de modo que “las mujeres, al considerar que los enemigos iban a registrar a cada uno de los hombres que salía, pero que a ellas no las tocarían, cogieron espadas, las escondieron y salieron al mismo tiempo que sus maridos [...] las mujeres llamaron a los hombres, les entregaron las espadas y algunas, incluso, atacaron por sí mismas a los guardianes” (Plutarco, *Virt. Mul.* 248F). Con todo, entre las hispanas lo habitual era animar a sus hombres antes de la batalla (Salustio, *Hist.* 2, 92) y durante ella, gritándoles. En el mundo griego, no avergonzar a sus mujeres e hijos era un tópico de los hoplitas ante el combate (Jenofonte, *Hell.* 7, 1, 30).

Muchos de estos rasgos son *topoi*, no sabemos hasta qué punto literarios o basados estrictamente en la realidad. Para Tácito, los germanos que combatían podían oír en retaguardia “el ulular de sus mujeres” (*Germ.* 8, 6) y de ellas se esperaba que examinaran y curaran a los heridos, mientras que llevaban “a los combatientes alimentos y ánimos” (*ibidem*). De hecho, dice Tácito, se recuerda que “algunos ejércitos [germanos], cediendo ya y a punto de desfallecer, se rehicieron gracias a las mujeres, por la insistencia de sus ruegos y por la exhibición de sus pechos, mostrándoles el inminente cautiverio” (*Germania* 8, 1). Esa es

exactamente la misma actitud que Julio César, testigo presencial, atribuyó a las mujeres de los germanos en el ejército de Ariovisto, un siglo antes: “encima de los carros pusieron a sus mujeres que, tendiendo sus manos abiertas, llorando suplicaban a los que se dirigían al combate que no las dejase caer en la esclavitud de los romanos” (*Bell. Gal.* 1, 51).

Hay otros casos de “mujeres guerreras” aclamados por la prensa que simplemente no se sostienen. El mejor ejemplo reciente es la tumba de carro descubierta en marzo de 2001 en Wetwang (East Yorkshire, Inglaterra)¹⁴, que contenía los restos de una mujer, evidentemente de alto rango. Falleció con veinticinco–treinta y cinco años entre el s. IV y el III a. C., quizá hacia 300 a. C., y un análisis facial ha revelado que la mujer estaba desfigurada facialmente. El enterramiento recuerda los casos –bien documentados por las fuentes romanas– de reinas gobernantes en Britania, incluyendo Cartimandua de los Brigantes, y sobre todo la famosa Boudicca de los Icenos, de quien Tácito dice que arengó a sus tropas antes de la batalla desde un carro, aunque sin especificar que combatiera (*Tacito, Ann.* 14, 35). El carro de Wetwang aparecía desmantelado, de hecho en parte colocado sobre la mujer y no al revés, y no se hallaron armas, aunque sí un espejo en hierro y numerosas cuentas de collar (en todo caso las armas son escasas incluso en tumbas de carro masculinas). En realidad, la aparición de tumbas “de carro” femeninas, en su casi totalidad sin armamento, es frecuente en el mundo de La Tène y es de todo punto lógica desde una perspectiva de género, ya que el carro refleja no tanto el estatus de combatiente del difunto, sino su pertenencia a los círculos de poder (*e.g.* Desenne *et alii*, 2007: 166; Baray, 2007: 183).

En conjunto, pues, cabe considerar el vehículo como un elemento de elevado estatus asociado al rango, pero nada nos autoriza a pensar en términos de “reinas guerreras” o “mujeres combatientes”¹⁵. En realidad, cuando una mujer llegaba a un puesto de poder de rango

14 http://www.yorkshirehistory.com/chariot_burials/index_b.htm Texto de 2005. Última consulta 15 Mayo 2011.

15 El tema de la mujer guerrera es sin embargo tan popular como para tener en la Wikipedia en inglés una larga, detallada y anotada relación de nombres, que mezcla casos muy distintos (http://en.wikipedia.org/wiki/Timeline_of_women_in_ancient_warfare) Consultada por última vez el 22/05/2011.

monárquico, las fuentes clásicas nos proporcionan varios ejemplos de reinas que actualmente llegaban al combate, por ejemplo al mando de una flota como Artemisia de Halicarnaso en la batalla de Salamina (Herodoto 8, 87–88), reina guerrera que sin embargo se consideraba a sí misma una excepción de *andreia* –valor varonil–, ya que podía afirmar sin sonrojarse que “por mar nuestros enemigos [griegos] son tan superiores a tus tropas como lo son los hombres a las mujeres” (Herodoto 8, 68, 1), a lo que el Gran Rey podría decir más adelante “los hombres se me han vuelto mujeres; y las mujeres, hombres” (8, 88, 3): evidentemente la imagen herodotea de una mujer combatiente era ridícula, solo concebible en caso de algunas reinas viriles y en todo caso en posiciones que no exigían el esfuerzo físico que solo un varón podría desarrollar. Otras fuentes griegas nos dicen, sin embargo, que hubo varias reinas helenísticas que realmente lucharon en batalla (ver la enumeración en Loman, 2004: 45 y ss.), pero son siempre recordadas como excepciones debido a su rango y posición, y a menudo excepciones que llevaron a resultados desastrosos por incapacidad de controlar ejércitos de varones (*ibídem*: 47). Solo cabe recordar aquí el caso de la transexual natural Heraïs (32, 10), quien acabó en el ejército.

Con una aproximación distinta a la de Jones–Bley para el mundo indoeuropeo en general, P. Loman ha examinado recientemente la participación de las mujeres en la guerra en el mundo heleno (Loman, 2004), para concluir en el fondo, aunque no explícitamente, que la participación directa en acciones militares formales era nula salvo en el caso de asedios, y que tampoco las amazonas guerreras existieron. Al fin y al cabo Jenofonte era explícito en esto: las mujeres biológicamente no están adaptadas a la vida al aire libre y su lugar natural es el interior de la vivienda (*Econ.* 7, 23), lo que al menos muestra el punto de vista de un griego conservador –y casi todos los griegos eran conservadores en lo referente a las mujeres–, desde Homero (Vandkilde, 2006b).

Hanks (2008: 19) recoge una referencia de 2001 de J. S. Goldstein según la cual las mujeres solo suponen el 1% de todos los combatientes en toda la historia. El papel del guerrero es un rol y un ideal esencialmente masculino...para los varones que lo han creado (Resic, 2006). Aunque la cifra *per se* no puede ser sino una vaga estimación de orden de magnitud, Hanks extrae la conclusión adecuada, aunque

a nosotros no nos supone sorpresa alguna: “the seemingly universal gendering of war as a male domain is striking” (Hanks, 2008: 19). Estas valoraciones no hacen sino confirmar lo que estudios antropológicos sobre la guerra entre primitivos actuales vienen diciendo desde la época gloriosa de la etnoarqueología de campo. En su estudio clásico de 1929, Maurice R. Davie dedicaba un capítulo completo a “War and women” (Davie, 1929: 96–102), en el que se discute, página tras página, el papel de las mujeres como sujetos pasivos, quizá como causa de la guerra, pero sobre todo en relación con su captura –a veces como esposas– y cosificación. Solo un párrafo se dedica a un papel activo como posibles instigadoras y animadoras en combate en formas que hubieran reconocido los germanos antes citados. La guerra es cosa de hombres (Davie, 1929: 28 y ss.) hasta el punto de “the few instances of woman’s participation in war will stand out by contrast” (*ibidem*: 30).

Un panorama similar muestra otros de los clásicos intemporales de la arqueología de la guerra desde una perspectiva etnoantropológica, el estudio de H. Turney–High (1941). De nuevo el papel de las mujeres como objeto de disputa de los hombres ocupa el mayor lugar en la discusión del papel femenino (Turney–High, 1941: 151 y ss.), seguido de su posición como “animadoras” de los varones, cantineras y enfermeras, mientras que “women who actually fight have been authentically reported, but they were as rare as the legend of them is extensive” (Turney–High, 1941: 154). La más llamativa de las excepciones es el cuerpo de Amazonas guerreras del reino de Dahomey entre 1729 y el s. XIX, que surgieron casi por casualidad en 1729 para aparentar masa en una formación, y que, tras su valor en combate, se constituyeron en un regimiento organizado cuyas miembros –siempre de sexo femenino– se seleccionaban por su físico hombruno capaz de resistir el combate con arma blanca (Davie, 1929: 30–31), aunque llegaron en el s. XIX a estar armados con armas de fuego. Davie, sin embargo, cataloga toda una serie de ejemplos etnográficos en que las mujeres llegaban a combatir, desde Angola a los apaches pasando por Polinesia (*ibidem*: 32 y ss.), pero siempre insistiendo, quizá en exceso, en la excepcionalidad, dado que estudios estadísticos posteriores más sofisticados sobre sociedades tribales muestran una frecuencia baja pero significativa (nue-

ve de sesenta y siete culturas, un 13,4%) de casos en que las mujeres participan activamente en combate (Adams, 1983).

En su inteligente trabajo provocativamente titulado “Why there are so few women warriors”, David Adams (1983) parte de un estudio transcultural muy amplio sobre doscientos cuatro casos, y disiente más de Jenofonte que de Davis al considerar que las mujeres son excluidas del combate “not so much because of sex differences in aggressiveness or strength, but instead because of a contradiction arising from marital residence systems [...] Under conditions of internal warfare against neighboring communities sharing the same language, many stateless cultures may have adopted patrilocal exogamous marital residency (the bride comes from a different community and comes to live with the family of the husband). Under these conditions the wife is faced with contradictory loyalties during warfare, because her husband may go to war against her brothers and father. It appears that women have been excluded historically from warfare in order to resolve this contradiction”. Como toda explicación marcadamente unifactorial y centrada en estructuras sociales muy primitivas, el reduccionista modelo de Adams es limitado en su alcance y capacidad explicativa. Con todo, no deja de traer a la mente el mítico episodio de la lucha entre Romanos y Sabinos durante los reinados de Rómulo y Tito Tacio, batalla paralizada por las mujeres de los primeros, que eran a su vez hijas y hermanas de los segundos (Livio, 1, 12–13; Plut. *Rom.* 14–19).

Con todo, la evidencia arqueológica y literaria sobre algunas mujeres combatientes es real, y es innecesario forzarla con casos completamente ajenos y distintos, como las gladiatrices en el imperio romano, documentadas por ejemplo en el famoso relieve de Halicarnaso en el Museo británico, inapropiadamente traído a colación en este contexto (Jones–Bley, 2008: 44). Tampoco hace mucho por la moderación académica la publicación de subtítulos como “history’s hidden heroines” aplicados a libros divulgativos pero supuestamente rigurosos sobre la existencia de Amazonas guerreras, títulos que recuperan conspiraciones para ocultar la realidad del poder femenino y viejos tópicos glorificadores, que curiosamente están ya abandonados en la divulgación arqueológica *mainstream* (Davis–Kimball, 2000)¹⁶.

16 Tampoco ayuda, para valorar equilibradamente la cuestión, el que esa misma arqueóloga de Berkeley, directora de las excavaciones en Pokrovka, escriba para ex-

La Antigüedad tardía: el ejemplo anglosajón

Es probablemente la Inglaterra anglosajona (desde principios del s. V hasta 1066, pero sobre todo durante los primeros siglos) la cultura arqueológica sobre las que más avances se han hecho en las últimas dos décadas en relación con el estudio de género y sexo en el ámbito funerario.

Hay toda una tradición literaria y mitológica sobre la “mujer guerrera” nórdica y anglosajona, en la que se han mezclado elementos románticos desde el s. XIX, y sobre la que no entraremos a discutir aquí, pero Shepherd (1999: 223) deja claro que nunca se trata de mujeres fuera del ámbito de la leyenda o del mito. En esas leyendas y mitos una mujer, a falta de hermano varón, puede heredar la espada de su padre, y en el proceso adopta las vestiduras, comportamiento y tratamiento de un varón (la saga de Hervör, hija de Angantyr), pero al casarse vuelve a su género femenino. En particular, la figura del *berdache*¹⁷ en el final del mundo antiguo ha sido utilizada en la discusión sobre los problemas de género en el mundo funerario anglosajón (Knüsel y Ripley, 2000), pero solo desde la óptica de los varones enterrados con objetos tradicionalmente considerados femeninos, que podrían o no reflejar personas de biología masculina que adoptan en vida roles y aspectos externos femeninos como la vestimenta.

Desde la Arqueología fueron pioneros los trabajos de H. Härke (1989, 1990, 1997, 2000 entre otros). Independientemente de otras muchas valoraciones relacionadas con las combinaciones de armas, la edad y otros muchos temas, la relación entre armas y tumbas femeninas simplemente no existe salvo rarísimas excepciones. En opinión de Härke, entre los anglosajones “the few exceptions can be explained as cases of secondary use of weapon parts (for example, detached spear-

plicar su “fascinación” por las mujeres guerreras de la antigüedad: “Perhaps I am so fascinated by these women of high status because my own path to professional and personal achievement was such a long, convoluted road” (*sic*) Davis–Kimball (2000: xii). Parece como si la autora admitiera tener un “axe to grind” en el proceso de su descubrimiento de las heroínas guerreras ocultas de la Antigüedad.

17 Término originario de los estudios antropológicos entre los pueblos de Norteamérica, alusivo a personas con géneros mixtos, por ejemplo un hombre cuyo cuerpo físico aloja dos espíritus, uno masculino y otro femenino.

heads being used as knives or weaving swords, etc.)” (Härke, 1990: 36)¹⁸. Más adelante sus conclusiones fueron aún más claras: tras un examen de setecientos dos tumbas con armas, solo once podrían pertenecer a, o contener, restos femeninos; de ellas una era un enterramiento doble mezclado, y otra un juvenil, y que todos podían explicarse por errores o intrusiones posteriores. Su conclusión es que, independientemente de otras consideraciones sobre género y sexo, y de las ambigüedades en otros elementos de ajuar, las armas eran exclusivamente un atributo masculino (1997: 132–134; 179–182). Stoodley (2000) llega a conclusiones similares cuando hay datos anatómicos: las armas son atributos masculinos, aunque las panoplias completas se adscriben a adultos, armas sueltas pueden aparecer en tumbas de subadultos cuyo sexo es, por supuesto, indeterminable. A conclusión similar llega Shepherd (1999: 228 y ss.): “At some Anglo–Saxon cemeteries, a handful of graves are determined biologically to be of one sex, but the associated grave goods indicate the opposite gender (*sic*)”.

Algunos análisis recientes de cementerios de inhumación anglosajones de la primera época resultan reveladores, ya que además cuentan con análisis antropológicos¹⁹. En Berinsfield se excavaron ciento catorce tumbas, de las que veintiséis tenían armas. No hay casos de mujeres asociadas a armas, aunque si uno de un posible varón (con una probabilidad estimada por los antropólogos en el 80–92%) con objetos “femeninos”. En Beckford A se identificaron veintiséis tumbas con catorce varones y doce mujeres. La tumba A2 presenta un esqueleto clasificado como femenino con una herida curada en el cráneo y asociado a una lanza y un escudo, el análisis fue realizado por Wells, quien pese a la presencia de armas clasificó el esqueleto como “probablemente femenino”. En Beckford B, con ciento ocho inhumaciones, hay tres posibles esqueletos femeninos asociados a armas: una lanza y escudo en B5, una lanza en B85 y una lanza en B93 (ver Härke *supra*

18 Con cierto humor Härke señala que la asociación armas/varones es la única que parece corresponder a la idea de ‘tumbas de guerrero’. Por lo demás, las armas aparecen en tumbas de individuos desde uno a sesenta años, difícilmente “guerreros” activos, (Härke, 1990: 36). Hay además un importante porcentaje de depósitos de armas que no son funcionales, y reflejan aspectos simbólicos. Exactamente igual que hemos podido determinar para el mundo ibérico (Quesada, 1997).

19 Datos resumidos convenientemente en Shepherd (1999: 231y ss.).

al respecto de las lanzas aisladas). El cementerio fue considerado por Wells extremadamente difícil de estudiar por la mala conservación de los materiales. El estudio de Pader sobre los cementerios de Holywell Row y Westgarth Gardens indica que en ningún caso aparecen armas asociadas a tumbas identificadas como femeninas (Pader, 1982: *passim* y table 8.1 y fig. 8.4).

El cementerio de Empingham II con ciento cincuenta cremaciones²⁰ y una inhumación, presentaba varios casos de varones con ajuarés “femeninos”, pero solo un caso (sepultura 106) de una moharra de lanza asociada a una mujer joven de trece–quince años. Finalmente Buckland presenta hasta ocho posibles mujeres enterradas con armas, pero los informes son tan contradictorios que algunos antropólogos prefieren no utilizar este material (Shepherd, 1999: 241) y otros muestran su extrañeza por salirse por completo del patrón de los demás cementerios (Knüsel y Ripley, 2000).

A partir de estos datos, y sobre todo de los cementerios de Heselton y Sewerby, otros autores no ven tan baja la muestra de anomalías. En West Heselton, el análisis osteológico determinó que tres tumbas con puntas de lanza (no panoplias) eran femeninas (Haughton y Powesland, 1999). Tanto este cementerio como el de Sewerby son los utilizados por Lucy (1997) en su estudio precisamente por la inusual identificación del sexo de los difuntos por criterios osteológicos.

En particular, Lucy es clara en su postura: aunque cita a Härke, obvia su conclusión sobre la asociación masculina de las armas, y en su análisis del cementerio de Sewerby insiste en la poca capacidad de las armas para “sexar”. Sin embargo, sus propias tablas 11.6 y 11.7 demuestran claramente la fuerte correlación entre identificación osteológica masculina y la presencia de armas, que nunca aparecen en tumbas femeninas en Sewerby y, como hemos visto, muy rara vez en Heselton (Lucy, 1997: 161–162). La presentación de los datos es sesgada: es muy cierto que pocas tumbas en absoluto tienen armas (*ibidem*: 157) –lo que plantea el problema diferente de por qué solo unos pocos personajes enterrados recibieron panoplias en su tumba– pero las que las tienen, son masculinas en la casi totalidad de los casos (Heselton)

20 Las cremaciones anglosajonas con armas son inusitadas en los siglos V–VI d. C. Sobre las posibles causas, ver Williams (2005).

o siempre (Sewerby). Igualmente se sesga la información: en Sewerby el 100% de las tumbas con armas son masculinas; en Heslerton el 87,5%. Sin embargo Lucy presenta esos datos como si el patrón de los dos yacimientos fuera opuesto, cosa que en absoluto es²¹. El hecho de que haya pocas tumbas sexadas osteológicamente no invalida los datos disponibles. Estamos pues ante muy raras excepciones, aunque con todo puede admitirse que en este caso la excepción NO confirma la regla. La idea de Lucy (1997: 163) tomada de Härke (1990: 40) de que quizá las armas indiquen un linaje germánico, y que por ello son escasas, es excelente, pero va en paralelo y no en contraposición a la cuestión del sexo del difunto enterrado.

De hecho, para Shepherd los casos conflictivos en los cementerios anglosajones no son la presencia de armas en tumbas femeninas, sino que por el contrario parece más frecuente encontrar tumbas osteológicamente de varones con ajuar con elementos “femeninos” (Shepherd, 1999: 229). Evidentemente este es un problema relacionado pero diferente en el que no podemos entrar, y que ya ha surgido en la discusión sobre la Edad del Hierro.

En conjunto, la conclusión de Shepherd no es del todo opuesta a la de Härke: hay algunos datos fuera del patrón normal, pero la muestra de yacimientos bien estudiadas no es suficiente más que para hacer una valoración provisional: la presencia de armas sin duda tiene un significado mucho más complejo que indicar la presencia de un guerrero varón, y la presencia de algunas tumbas femeninas con una punta de lanza, o incluso alguna con una panoplia que incluye escudo, debe ser valorada no en términos de mujeres guerreras, sino en términos de roles de género y de estatus (1999: 242), según varias po-

21 Según Lucy: “at Heslerton, although no male graves (definite or possible) contain any items from the jewellery assemblage, 12,5% (N=3/24) of the weapon burials were sexed as certainly or possibly female. At Sewerby the opposite picture is seen, with no female weapon burials, but 15% of the jewellery burials (N=3/20 being sexed as possibly female”. El patrón no es opuesto. En ambos casos la totalidad (o la inmensa mayoría) de las tumbas con armas son sexadas osteológicamente como masculinas, y en ambos casos o nunca o solo en un 15 % de los casos aparecen joyas. Finalmente, el estereotipo no dice que “todas las tumbas masculinas hayan de tener armas” como pretende Lucy (1997: 162), sino que las tumbas con armas son masculinas, que es muy diferente.

sibilidades: la mujer puede heredar armas si no tiene hermanos varones, pero además una mujer varonil, valiente y fuerte, puede adoptar rasgos de género masculino y utilizar armas; y finalmente las mujeres, que animan a sus varones en el campo de batalla, pueden en ocasiones verse impelidas a emplear armas. Shepherd sugiere además una línea de interpretación diferente: la ambigua relación de los pueblos nórdicos en relación con el género, e incluso trae a colación la homosexualidad y el lesbianismo (1999: 229).

Merovingios y escandinavos

En la Galia durante el periodo de dominio de los francos merovingios, contemporáneos de los anglosajones, y que también practicaban un ritual tradicional germánico de inhumación con ajuar, contamos también con algunos estudios con enfoque de género y estudio de las armas.

Bonnie Effros (2000) ha tratado de sintetizar las relaciones entre “skeletal sex and gender” en la arqueología funeraria merovingia, insistiendo en la necesidad de los estudios osteológicos e incluso, cuando sea eficaz, análisis de ADN (sobre la importancia futura del ADN ver también Shepherd, 1999: 229; Lenorzer, 2009: 80; Chaume, 2007: 49–50). El mismo patrón que hemos visto antes se repite: los prejuicios de los arqueólogos actuales sobre la asignación de ajuares han sido la base normal para asignar sexo a sepulturas merovingias, y solo ocasionalmente desde principios del s. XX se hicieron tímidos intentos de analizar los esqueletos independientemente de los ajuares (*ibidem*: 634). Todavía hoy parece persistir en la arqueología merovingia la mezcla de criterios arqueológicos y osteológicos para sexar tumbas, lo que, unido a la idea de que las mujeres nunca se enterrarían con armas, “current methodological dictates mean that none will ever be found” (Effros, 2000: 635) en un hermoso ejemplo de metodología circular autocumplida. Effros sugiere que aunque la determinación de sexo por ajuar pudiera ser en general correcta, falta probarlo. Pero lo cierto es que no cita un solo ejemplo de tumba osteológicamente femenina con ajuar de armas.

En su examen del estatus femenino en la Lorena merovingia a partir de los restos funerarios *c.* 525–625 d. C., Guy Halsall (1996) valora las asociaciones de género en las tumbas de la región de Metz. Halsall llega a considerar que las armas forman un tipo de asociación incompatible con otra en la que aparece joyería (Halsall, 1996: 5–6) y que los ajuares con armas se asocian a las tumbas identificadas osteológicamente como masculinas y no a las femeninas (*ibídem*: 5 y fig. 3). De hecho, define tres grupos con implicaciones de género, uno masculino –armas– otro femenino y otro “neutral”, e insiste en que los grupos se formaron a partir de patrones de asociación y comparación con la osteología, y no por “untested assumptions” (Halsall, 1996: 5). Sin embargo, su método ha sido criticado desde el momento en que parte de análisis de cementerios como el de Ennery en los que la osteología se ayudó, hasta un grado no conocido, de las presunciones basadas en los objetos de ajuar, por lo que la precisión de los datos puede estar viciada (Effros, 2000: 635).

Por otro lado, el estudio simbólico del armamento franco indica una clara asociación a valores masculinos (que por supuesto no implican exclusivamente al sexo masculino, sino a roles sociales asociados a lo masculino). Así, F. Theuws y M. Alkemade consideran que los depósitos de espadas francas en tumbas o en ríos como ofrendas desde el s. V d. C. son una suerte de “mirror for men” (Theuws y Alkemade, 2000). Recipientes para banquetes, incluso cuchillos, pueden en su visión asociarse a tumbas masculinas o femeninas; las espadas no (*ibídem*: 411–412, *passim*).

En Escandinavia durante este mismo periodo (segunda mitad del primer milenio d. C.), en la cultura que genéricamente denominamos vikinga, parece haber no solo cierta abundancia de elementos que aluden a un alto estatus en tumbas femeninas, sino que incluso hay enterramientos femeninos en barcos, pero aparentemente no hay armas, que son consideradas incluso entre arqueólogas especialistas en género como elementos importantes de estatus masculino, al contrario que barcos, cetros, látigos, cuernos para beber, etc. La interpretación, por supuesto, es que “power, however, involves more than the mere display of weapons”, una obviedad tan a menudo olvidada que conviene recordarla. En su lectura, las mujeres de alto rango enterradas

con ricos ajuares en Escandinavia eran poderosas por sí mismas, no solo en tanto que mujeres de hombres poderosos... pero no se enterraban con armas, aparentemente reservadas a varones (Gräslund, 2001: 93–95).

Con todo, hay algunos casos aislados en que aparentemente se depositaron armas junto a tumbas femeninas. Es el caso de una tumba vikinga de principios del s. IX en Gerdrup, cerca de Roskilde, donde en una tumba se encontró una doble inhumación, la de un varón adulto quizá sacrificado, y la de una mujer enterrada no solo con un cuchillo y una caja de hueso, sino también con una punta de lanza (T. Crhsitensen, 1981, *cit.* por Lauritsen y Hansen, 2003). Una interpretación, característica de los años ochenta del s. XX, es que la mujer podría haber adquirido estatus masculino por alguna razón, quizá por faltar un hombre en la familia. Sería una “high status woman as a man”, mientras que hoy en día se preferirá una lectura en clave femenina, una “high status woman as a woman” aunque reciba un símbolo varonil (empleando la terminología de Gräslund, 2001: 92).

Un breve repertorio publicado en 2003 indica también la existencia de una veintena de sepulturas en Noruega (datadas a principios del s. IX d. C.), que presentan ajuares “mezclados” con armas y broches “femeninos”, aunque la publicación original de 1928 en noruego resulta antigua para asegurar que se hicieran análisis osteológicos precisos. Otros casos se documentan en la zona báltica en un momento algo posterior, en los ss. XI–XII: un cementerio en la isla de Saaremaa, con hachas, lanzas y jabalinas; una tumba en Kalvola (Finlandia) y otra en Tyrvänt (Finlandia), ambas con espadas; la tumba 35 de Luistari (un hacha) (*cf.* Lauritsen y Hansen, 2003).

Para Lauritsen y Hansen (2003), estos ejemplos –y otros inversos de tumbas masculinas con objetos tradicionalmente etiquetados como femeninos– muestran el peligro de sexar arqueológicamente tumbas partiendo de nuestras percepciones sobre lo que es “masculino” o “femenino” y, aunque enfatizan que este ejemplo “does not necessarily mean that we have to totally redefine Viking-age gender roles – that all men were fancy queers and all women bloodthirsty Amazons warriors, it certainly ought to give food for thought”.

Reflexiones finales

La amplitud del espacio geográfico y temporal abarcado, y las propias limitaciones del espacio permitido en este libro, hacen que el repaso que hemos abordado no pueda ser, ni de lejos, exhaustivo, y menos desde un punto de vista estadístico, que sí puede abordarse con mayores garantías para un espacio y tiempo más limitado (por ejemplo la Península Ibérica, Quesada, 1997 y actualización en, en prensa). Sí que es posible, sin embargo, realizar algunas reflexiones de cierto alcance a partir de las conclusiones parciales que pueden extraerse, y que podremos además combinar con el caso de la Península Ibérica (Quesada, 1997; 2010).

Hemos visto que los datos conocidos para las sociedades con aristocracias guerreras del Mediterráneo y Europa centro-occidental que enterraron al menos una parte de sus difuntos en cementerios codificados con ajuar indican, una y otra vez, que las armas son uno de los mejores indicadores de sexo biológico. El número creciente de análisis osteológicos confirma esta tendencia estadística en lugar de refutarla. En muchos casos (merovingios, anglosajones, La Tène) donde se está extendiendo la *impresión* de que las tumbas femeninas se asocian a armas con cierta frecuencia, los datos indican exactamente lo contrario.

Es cierto, sin embargo, que en un porcentaje muy bajo de casos aparecen tumbas de individuos de sexo femenino en cuyo ajuar aparecen armas. Incluso descontando tumbas múltiples o infantiles en las que a veces puede resultar difícil asignar los elementos de ajuar, y aquellos otros en que los análisis osteológicos pueden ser dudosos o demasiado optimistas, permanece el hecho que ese pequeño porcentaje existe, normalmente –pero no siempre– asociado a tumbas excepcionales por alguna razón. No se puede obviar esta realidad, que además enriquece mucho la gama de lecturas posibles del registro funerario. En otras culturas más alejadas, pero muy significativas, ese porcentaje sube hasta ser muy relevante (es caso de los *kurganes* escitas y sauromatas de Ucrania y Rusia), lo que ha permitido incluso plantear la cuestión de las mujeres combatientes, que por ahora no es aplicable a Europa occidental.

Effros ha puesto el dedo en la llaga al indicar que en algunos casos se ha producido entre algunos arqueólogos una cierta reticencia a renovar el enfoque del análisis funerario por existir “negative perceptions of a feminist search for “female warriors”” (Effros, 2000: 632). Pero independientemente de que cierta actitud en exceso reivindicativa, o incluso resentida, pudiera ser cierta en algún caso, tal eventualidad en modo alguno es una justificación para resistirse a la renovación de procedimientos y enfoques que ha traído la “arqueología de género”, sobre todo porque, y de nuevo citando a Effros, en muchos casos se ha partido de la incorrecta idea de que todos los ajuares funerarios mostraban los éxitos del difunto más que reflejar una construcción ideológica por parte de quienes le enterraron.

Coincidimos pues plenamente con Lucy (Lucy, 1997: 155) en que ya no se puede simplemente asumir la relación ajuar-sexo biológico de los difuntos en tumbas con ajuar, y creemos que es mala metodología emplear el ajuar para sexar, sino que hay que demostrar la relación por diversas vías, de las que el análisis antropológico, pero también su asociación estadística con los ajuares, son las principales. Los estudios de caso que hemos analizado así lo indican.

Es además requisito, dadas las consecuencias que tiene una identificación confusa o demasiado optimista, adoptar una prudencia exquisita a la hora de identificar sexo o edad por análisis óseo, especialmente si está cremado o en mal estado. Es humano, pero hemos de luchar contra ello, que lo que en un informe antropológico pueda aparecer como “probable”, “posible” o “dudoso” acabe deviniendo respectivamente en “seguro”, “probable” o “posible” en las lecturas arqueológicas ulteriores, y que esa segunda lectura sea la que se fosilice en la bibliografía.

Con todo, el que las armas se asocien a varones en las distintas culturas estudiadas “casi siempre”, en lugar de “siempre”, obliga a refinar nuestra metodología de trabajo. Pero ese hecho no nos autoriza a aceptar acríticamente algunas lecturas, que han pasado a negar de manera enfática y con vocación de totalidad la validez de los estudios de ajuar como “indicadores” de sexo. De hecho, los datos disponibles son tozudos al indicar, incluso para especialistas en arqueología “de género”, que las armas siguen siendo un buen indicador en la

Edad del Hierro europea, y que el tipo y distribución de los artefactos del ajuar deben ser utilizados en las distinciones de sexo y edad (Arnold, 1995: 371; Brun, 1987: 121; Evans, 2004: 217, Berseneva, 2008: 135, 139; Quesada, 2010; etc.), aunque ciertamente no sean “el” indicador por excelencia. Las oscilaciones pendulares extremas en explicación arqueológica suelen ser llamativas, pero rara vez perduran, sino que acaban buscando un punto de equilibrio con los datos observables.

Por otra parte, el énfasis puesto en la Antigüedad en la “belleza masculina” del guerrero es un aspecto que deberá ser tenido en cuenta en lo sucesivo en el análisis de los contextos funerarios, pues guarda relación, colateral pero significativa, con este debate, aunque algunos aspectos clave como los tatuajes sean irrecuperables en la inmensa mayoría de los casos en el registro arqueológico (*cf.* especialmente Hanks, 2010).

A nuestro juicio, es claro que en los casos concretos citados las armas reflejan no sexo ni actividad, sino la expresión de un rol social tradicionalmente asociado al sexo masculino, es decir, una cuestión de género (Arnold, 1995: 154–155). Conviene recordar, por otra parte, que ya hace tiempo que se viene reconociendo la relevancia de las armas no tanto como indicador de “ocupación” (arma=guerrero), de “sexo” (arma=varón) y de “edad” (arma=adulto), sino como símbolo de estatus, de rango social y de expresión de “persona social” (por citar algunos ejemplos, Härke, 1990: 35 y ss.; Quesada, 1997: 636 y ss.; Shepherd, 1999: 224; Quesada, 2010: 160 y ss.). En buena medida, en las sociedades básicamente patriarcales de Europa en la Edad del Hierro determinadas tumbas femeninas de alto rango pudieron estar sujetas a lo que B. Arnold llamó “honorary male syndrome” (Arnold, 1995: 165). Ya hemos visto que para esa misma autora la ausencia de armas en ajuares femeninos aristocráticos con carros y elementos de banquete (*e.g.* Vix) indica un concepto más matizado, en el que las tumbas son femeninas y el género atribuido es femenino. Sin duda, como ha afirmado Härke (1997) para el mundo anglosajón, en la mayoría de las culturas estudiadas en esta muestra, la deposición de armas era, más aún que una muestra coherente de la panoplia, una forma de expresar la estructura de poder basada en el carácter marcial de los grupos rectores. Por ello es posible encontrar armas –aunque no panoplias– en

tumbas de subadultos, desde el mundo ibérico (Quesada, 2011) hasta el anglosajón diez siglos posterior (Stoodley, 2000): se refleja el estatus atribuido, no solo el conseguido.

El que estadísticamente, además, las armas formen panoplias bastante coherentes en la mayoría de los casos documentados en Europa (por ejemplo, para los anglosajones Härke, 1990: 33; para los iberos, Quesada, 1997: 643 y ss.; para los celtas, Rapin, 1998; etc. todas ellas con matices por el carácter simbólico del depósito *cf.* Härke, 1989), y el que haya un buen ajuste entre el sexo identificado por huesos y la presencia de armas en el ajuar, es lo que permite realizar con cierta confianza estudios funcionales y de panoplia guerrera. En el caso de la Península Ibérica nuestra evaluación estadística (Quesada, 1997: 632 y ss.) indica que sigue siendo totalmente válido el estudio de los conjuntos de armas desde una doble perspectiva, funcional y simbólica, y no solo desde la segunda (pero ver *caveat* en Hanks, 2008: 25 y ss.). Incluso, y pese a todo lo dicho, sigue siendo bastante razonable caracterizar ideológicamente las tumbas con armas como “de guerrero”, incluso si los restos humanos llegan en algún caso ser sexados como femeninos, ya que estaríamos ante una situación de rol de género masculino, no de sexo biológico. En otros casos, sin embargo, parece que las composiciones de los ajuares funerarios no representan panoplias coherentes, y que la función simbólica en su sentido más amplio predomina claramente (por ejemplo, Härke, 1997, para el mundo anglosajón). Cada caso requiere un estudio individualizado en este sentido, como ocurre en la parte occidental del ámbito de la cultura de La Tène, donde la composición de las panoplias en tumbas varía según las regiones y por tanto no necesariamente forma siempre panoplias coherentes o funcionales (Lorenz, 1986), aunque no todo el mundo está necesariamente de acuerdo ni siquiera en eso: “l'équipement militaire [...] Il est standardisé et révèle l'évolution classique de l'armement...” (Desenne *et alii*, 2007: 163).

Lo que desde luego es inaceptable es considerar “anomalías a desechar” los casos en que el ajuste entre sexo masculino y presencia de armas no se da. Son en efecto, estadísticamente, anomalías (=DRAE (1) “discrepancia de una regla o de un uso”), pero a explicar en nuevos términos de análisis, los de la “arqueología de género”, y no ya en los

de la visión clásica que hemos visto resultaría ser miope si pretendiera, por rutina intelectual, seguir explicándolas como “perversiones” (=DRAE (2) “perturbar el orden o estado de las cosas”) que es mejor ocultar bajo la alfombra. En ese sentido sí que podemos coincidir plenamente en la necesidad de un análisis atento a los datos objetivos y libre de prejuicios –pero de cualquier tipo–, y muy atento a la complejidad de la realidad del registro funerario (Prados, 2010: 216).

Referencias Bibliográficas

- ADAMS, D. (1983): “Why there are so few women warriors”, *Behavior Science Research*, 18.3: 196–212.
- ALEXANDER, B. (2000): *The concept of the “warrior burial” in the Aegean and Cyprus c. 1150–750 BC; an examination*, MA Diss. abstracts, Univ. of Edinburgh, Abstract en <http://www.arcl.ed.ac.uk/arch/annrept/report2000/degrees.htm> [última visita 20/05/2011].
- ANTHONY, D. W. (2007): *The Horse, the wheel and language. How Bronze–Age riders from the Eurasian steppes shaped the modern world*, Princeton UP, Princeton.
- ARANEGUI GASCO, C. (2008): “La prevalencia de representaciones femeninas: el caso de la cultura ibérica”, en Prados, L. y Ruiz, C. (eds.), *Arqueología del género. 1^{er} Encuentro Internacional en la UAM*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 205–223.
- ARNOLD, B. (1991): *The material culture of social structure: Rank and status in Early Iron Age Europe*, Tesis Doctoral Harvard University, UMI, Ann Arbor, MI.
- ARNOLD, B. (1995): “‘Honorary males’ or women of substance?. Gender, status and power in Iron–Age Europe”, *Journal of European Archaeology*, 3.2: 153–168.
- ARNOLD, B. y WICKER, N. L. (eds.) (2001): *Gender and the Archaeology of Death*, Walnut Creek, CA. AltaMira Press.
- BARAY, L. (2007): “Dépôts funéraires et hiérarchies sociales aux âges du fer en Europe Occidentale: aspects idéologiques et socio–économiques”, en Baray, L., Brun, P. y Testar, A. (eds.), *Pratiques funéraires et sociétés. Nouvelles approches et archéologie et en anthropologie sociale. Actes colloque Sens 2003*, Editions Universitaires de Dijon, Dijon: 169–189.

- BERSENEVA, N. (2008): "Women and Children in the Sargat Culture", en Linduff, K. M. y Rubinson, K. S. (eds.), *Are all warriors male?*, Plymouth, AltaMira Press: 131–151.
- BLECH, M. (1986): "Las Armas de la Sepultura 155 de la Necrópolis de Baza", *Catálogos y Monografías del M.A.N.*, 10: 205–209.
- BRUN, P. (1987): *Princes et Princesses de la Celtique. Le Premier Age du Fer (850–450 av. J.–C.)*, Paris, Errance.
- CAMPILLO, D. (1995): "Mortalidad y esperanza de vida en la Península Ibérica desde la Prehistoria a la Edad Media", en Fábregas, R., Pérez, F. y Fernández, C. (eds.), *Arqueoloxía da morte. Arqueoloxía da morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*, Excmo. Concello Xinzo de Limia: 317–340.
- CERCHIAI, L. (1982): "Sesso e classi di Etè nelle necropoli greche di Locri Epizefiri", en Gnoli, G. y Vernant, J. P. (eds.), *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*, University of Cambridge, Cambridge–Paris: 289–298.
- CHAPA BRUNET, T. e IZQUIERDO PERAILE, I. (eds.) (2010): *La Dama de Baza. Un viaje femenino al Más Allá*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- CHAUME, B. (2007): "Essai sur l'évolution de la structure sociale hallstattienne", en Fernoux, H. y Stein, C. (eds.), *Aristocratie antique: modèles et exemplarité sociale*, Editions Universitaires de Dijon, Dijon: 25–55.
- CRASS, B.A. (2001): "Gender and Mortuary Analysis: What can Grave Goods really tell us?", en Arnold, B. y Wicker, N. A. (eds.), *Gender and the Archaeology of Death*, Walnut Creek, AltaMira Press: 105–118.
- DAVIE, M. J. (1929): *The Evolution of War. A Study of its rôle in early societies*, Yale UP, New York.
- DAVIS-KIMBALL, J. (1997): "Warrior women of the Eurasian steppes", *Archaeology*, 50.1: 44–49.
- DAVIS-KIMBALL, J. (2002): *Warrior Women. An archaeologist's search for History's hidden heroines*, New York, Warner.
- DE POLIGNAC, F. (2007): "Sexe et genre dans les rites funéraires grecs: quelques aperçus", en Baray, L., Brun, P. y Testar, A. (eds.), *Pratiques funéraires et sociétés. Nouvelles approches et archéologie et en anthropologie sociale. Actes colloque Sens 2003*, Editions Universitaires de Dijon, Dijon: 351–358.

- DEDET, B. (2001): *Tombes et pratiques funéraires protohistoriques des Grands Causses du Gévaudan (Aveyron, Gard, Lozère)*, DAF, 84, Paris.
- DEDET, B. (2008): *Les enfants dans la société protohistorique. L'exemple du sud de la France*, Collection de l'École Française de Rome, 396, Rome.
- DEDET, B. (2009): "Sépultures et société dans le sud-est de la France au Bronze Final IIIb et au premier âge du Fer", en Guilaine, J. (ed.), *Sépultures et sociétés. Du Néolithique à l'Histoire*, Paris, Errance: 197–224.
- DEDET, B., GRUAT, P., MARCHAND, G., PY, M. y SCHWALLER, M. (eds.) (2000): *Archéologie de la Mort, archéologie de la Tombe au Premier Age du Fer. Actes du XXI Colloque International de l'AFEAF, Monographies d'archéologie méditerranéenne*, 5, Lattes.
- DE MIGUEL IBÁÑEZ, M. P. (2005): "Muertos y ritos. Aportes desde la Osteoarqueología", en Abad, L., Sala, F. y Grau, I. (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*, Universidad de Alicante, Alicante: 325–336.
- DESENNE, S., AUXIETTE, G., DEMOULE, J. P. y THOUVENOT, S. (2007): "Reflets d'une communauté celtique à travers ses pratiques funéraires: étude d'un cas, la nécropole de Bucy-le-Long 'La Héronnière' (Aisne)", en Baray, L., Brun, P. y Testar, A. (eds.), *Pratiques funéraires et sociétés. Nouvelles approches et archéologie et en anthropologie sociale. Actes colloque Sens 2003*, Editions Universitaires de Dijon, Dijon: 155–167.
- DOMINGUEZ MONEDERO, A. (1991): *La polis y la expansión colonial griega (siglos VIII–VI)*, Madrid, Síntesis.
- DUDAY, H., DEPIERRE, G. y JANIN, T. (2010): "Validation des paramètres de quantification, protocoles et stratégies dans l'étude anthropologique des sépultures secondaires à incinération. L'exemple des nécropoles protohistoriques du Midi de la France", en Dedet, B., Gruat, P., Marchand, G., Py, M. y Schwaller, M. (eds.), *Archéologie de la Mort, archéologie de la Tombe au Premier Age du Fer. Actes du XXI Colloque International de l'AFEAF, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*, 5: 7–29.
- EFFROS, B. (2000): "Skeletal sex and gender in Merovingian mortuary archaeology", *Antiquity*, 74: 632–639.

- ESCORIZA MATEU, T. (2007): "Desde una propuesta arqueológica feminista y materialista", en Sánchez Romero, M. (ed.), *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*, Complutum, 18: 201–208.
- EVANS, T. L. (2004): *Quantitative identities: a statistical summary and analysis of Iron Age cemeteries in North–Eastern France 600–130 BC*, Oxford, Archaeopress, British Archaeological Reports, International Series, 1226.
- FLOUEST, J. L. y STEAD, I. M. (1981): "Fouille de sauvetage a Tinquieux (France)", *Mémoires de la Société Archéologique Champenoise*, 2: 151–176.
- GARCIA LUQUE, A. y RISQUEZ CUENCA, C. (2003): "Historiografía de los estudios de género en la Cultura Ibérica. Superando el complejo 'Peter Pan'", *Archaia*, 3–5: 18–31.
- GARLAND, R. (1985): *The Greek way of Death*, Londres, Duckworth.
- GARRALDA, M. D. (1986): "Ethnogenèse des Peuples Ibériques (env. 1000B.C.–500 A.D.)", en Bernhard, E. (ed.), *Ethnogenèse europäischer Völker*, Gustav Fischer, Stuttgart & New York: 187–207.
- GILCHRIST, R. (1997): "Ambivalent bodies: gender and medieval archaeology", en Moore, J. y Scott, E. (eds.), *Invisible people and process. Writing gender and childhood into European Archaeology*, London–New York, Leicester UP: 42–58.
- GOMEZ BELLARD, F. (1996): "El análisis antropológico de las cremaciones", *Complutum Extra*, 6.2: 55–64.
- GRASLUND, A. S. (2001): "The position of Iron Age Scandinavian Women: evidence from Graves and rune stones", en Arnold, B. y Wicker, N. A. (eds.), *Gender and the Archaeology of Death*, Walnut Creek, AltaMira Press: 81–104.
- GULIAEV, V. I. (2003): "Amazons in the Scythia: new finds at the middle Don, Southern Russia", *World Archaeology*, 35.1: 112–125.
- HALSALL, G. (1996): "Female status and power in early Merovingian central Austraria: the burial evidence", en Mc Kitterick, R. *et alii* (eds.), *Early Medieval Europe*, London, Longman: 1–24.
- HANKS, B. (2008): "Reconsidering Warfare, Status, Gender in the Eurasian Steppe Iron Age", en Linduff, K. M. y Rubinson, K. S. (eds.), *Are all warriors male?*, Plymouth, AltaMira Press: 15–34.

- HANKS, B. (2010): "Constructing the warrior: Death, memory and the art of Warfare", en Boric, D. (ed.), *Archaeology and Memory*, Oxford, Oxbow: 121–137.
- HÄRKE, H. (1989): "Early Saxon Weapon Burials: frequencies, distributions and weapon combinations", en Hawkes, S. C. (ed.), *Weapons and Warfare in Anglo Saxon England*, Oxford, Oxbow: 49–62.
- HÄRKE, H. (1990): "'Warrior graves'? The background of the Anglo-Saxon weapon burial rite", *Past and Present*, 126: 22–43.
- HÄRKE, H. (1997): "Early Anglo-Saxon social structure", en Hines, J. (ed.), *The Anglo-Saxons from the Migration period to the eight century: an ethnographic perspective*, Woodbridge, Boydell Press: 125–170.
- HÄRKE, H. (2000): "The circulation of weapons in Anglo-Saxon society", en Theuvs, F. y Nelson, J. L. (eds.), *Rituals of power*, Leiden, Brill: 377–399.
- HAUGHTON, C. y POWESLAND, D. (1999): *West Heslerton: the Anglian cemetery*, I–II, English Heritage, Landscape Research Centre.
- HERNANDO GONZALO, A. (2007): "Sexo, género y poder. Breve reflexión sobre algunos conceptos manejados en la Arqueología del género", en Sánchez Romero, M. (ed.), *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*, Complutum, 18: 167–174.
- HIRST, S. (1985): *An Anglo-Saxon cemetery at Sewerby*, York University Archaeological Publications, 4, York.
- IZQUIERDO PERAILE, M. I. (2007): "Arqueología de la muerte y el estudio de la sociedad: Una visión desde el género en la Cultura Ibérica", en Sánchez Romero, M. (ed.), *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*, Complutum, 18: 247–261.
- IZQUIERDO PERAILE, M. I. y PRADOS TORREIRA, L. (2004): "Espacios funerarios y religiosos en la Cultura Ibérica: lecturas desde el género en Arqueología", *Spal*, 13: 155–180.
- JONES-BLEY, K. (2008): "Arma Feminamque cano: Warrior Women in the Indo-European World", en Linduff, K. M. y Rubinson, K. S. (eds.), *Are all warriors male?*, Plymouth, AltaMira Press: 35–50.
- KELEKNA, P. (2009): *The horse in human history*, Cambridge UP, Cambridge.
- KNÜSEL, C. y RIPLEY, K. (2000): "The Berdache or Man-woman in Anglo Saxon England and Early Medieval Europe", en Frazer, W.

- O. y Tyrrell, A. (eds.), *Social Identity in Early Medieval England*, Leicester UP, London: 157–191.
- KRISTIANSEN, K. (1999): “The emergence of Warrior Aristocracies in Later European Prehistory and their long-term history”, en Carman, J. y Harding, A. (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological perspectives*, Stroud, Glouc.; Sutton: 175–189.
- KURTZ, D. C. y BOARDMAN, J. (1971): *Greek Burial Customs*, Cornell University Press, London.
- LANGE, M., SCHOTKOWSKI, H., HUMMEL, S. y HERRMANN, B. (1987): “A short introduction to cremation research”, en Lange, M. et alii, *A bibliography on cremation, Pact*, 19: 17–27.
- LAURITSEN, T. y HANSEN, O. T. K. (2003): “Transvestite Vikings?”, *Viking Heritage Magazine*, 1 [http://www.idavallen.org/artiklar/transvikings.html , última visita 25/05/2011].
- LENORZER, S. (2009): *La crémation sans les sociétés protohistoriques du sud de la France. Approche archeo-anthropologique des nécropoles à incinération du bronze Final IIIB au Premier Âge du Fer en Languedoc Occidental et Midi-Pyrénées*, Monographies d’Archéologie Méditerranéenne, 25, Lattes.
- LINDUFF, K. M. y RUBINSON, K. S. (eds.) (2008): *Are all warriors male? Gender roles on the Ancient Eurasian Steppe*, Lanham, AltaMira Press.
- LOMAN, P. (2004): “No woman no war: women’s participation in Ancient Greek Warfare”, *Greece&Rome*, 51.1: 34–54.
- LORENZ, H. (1986): “Association d’armes dans les sepultures de La Tène ancienne en Europe de l’Ouest. Un reflet de l’armement?”, *Aquitania Suppl.*, 1: 281–284.
- LUCY, S. J. (1997): “Housewives, warriors and slaves? Sex and gender in Anglo-Saxon burials”, en Moore, J. y Scott, S. (eds.), *Invisible people and processes*, London–New York, Leicester UP: 150–168.
- MAYOR, A. y OBER, J. (2008, ed.or.1992): “Amazonas”, en Cowley, R. (ed.), *Historias de Guerra*, Madrid, Inédita: 35–52.
- Mc KINLEY, J. I. (1994): “Bone fragment size in British Cremation Burials and its implications for Pyre Technology and ritual”, *Journal of Archaeological Science*, 21.3: 339–342.
- MORRIS, I. (1987): *Burial and Ancient Society. The Rise of the Greek city-state. New studies in Archaeology*, Cambridge UP, Cambridge.

- MORRIS, I. (1992): *Death—ritual and social structure in Classical Antiquity*, Cambridge UP, Cambridge.
- PADER, E. S. (1982): *Symbolism, social relations and the Interpretation of funerary remains*, B.A.R. International Series, 130, Oxford.
- PRADOS TORREIRA, L. (2008): “Y la mujer se hace visible: estudios de género en la arqueología ibérica”, en Prados, L. y Ruiz, C. (eds.), *Arqueología del género. 1^{er} Encuentro Internacional en la UAM*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 225–250.
- PRADOS TORREIRA, L. (2010): “Gender and Identity in Iberian Funerary Contexts (5th–3rd c. BC)”, en Dommasnes, L. H. *et alii* (eds.), *Situating Gender in European Archaeologies*, Budapest, Archaeolingua: 205–224.
- QUESADA SANZ, F. (1989): *Armamento, Guerra y Sociedad en la necrópolis ibérica de “El Cabecico del Tesoro” (Murcia, España)*, 2 vols., Oxford, British Archaeological Reports, International Series, 502.
- QUESADA SANZ, F. (1997): *El armamento Ibérico. Estudio tipológico, grográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI–I a. C.)*, 2 vols., Montagnac, Ed. Monique Mérigoil, *Monographies Instrumentum*, 3.
- QUESADA SANZ, F. (1998): “El guerrero y sus armas”, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 38: 187–217.
- QUESADA SANZ, F. (2010): “Las armas de la sepultura 155 de la necrópolis de Baza”, en Chapa, T. e Izquierdo, I. (eds.), *La Dama de Baza, un viaje femenino al más allá*, Ministerio de Cultura, Madrid: 149–169.
- QUESADA SANZ, F. (2011): “Au delà du guerrier: signification et fonction de l’armement dans les tombes féminines et infantiles en Péninsule Ibérique au Second Âge du Fer”, en Baray, L. (ed.), *L’armement et l’image du guerrier dans les sociétés anciennes. De l’objet à la tombe. Actes du Colloques Sens, Junio 2009*: 339–355.
- QUESADA SANZ, F. (en prensa): “¿Armas de mujer? Ajuares funerarios, sexo y género en sepulturas de la Edad del Hierro en la Península Ibérica”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM*.
- RAPIN, A. (1998): “L’armement celtique en Europe: chronologie de son evolution technologique du Ve au Ier s. av. J. C.”, *Gladius*, 19: 33–67.

- RESIC, S. (2006): "From Gilgamesh to Terminator: the Warrior as Masculine Ideal –Historical and Contemporary perspectives", en Otto, T. et alii (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological perspectives*, Aarhus University Press, Aarhus: 423–431.
- REVERTE COMA, J. M. (1986): "Informe antropológico y paleopatológico de los restos cremados de la Dama de Baza", *Catálogos y Monografías del M.A.N.*, 10: 187–192.
- ROZOY, J. G. (1987): *Les celtes en Champagne. Les Ardennes au Second Age du Fer: le Mont Troté, les Rouliers*, Mémoires de la Société Archéolog., Champenoise, 4.
- RUSSELL, C. (2005): "The Anglo–Saxon influence on Romano–Britain: Research past and present", *Durham Anthropology Journal*, 13.1.
- SAN NICOLAS PEDRAZ, M. P. y RUIZ BREMON, M. (2000): *Arqueología y antropología ibéricas*, UNED, Madrid.
- SAWYER, K. (1997): "Were ancient Amazons more than a myth?", *The Japan Times*, May 19 1997 [<http://www.trussel.com/prehist/news22.htm> consultado por última vez 20/05/2011].
- SHEPHERD, D. J. (1999): "The elusive warrior maiden tradition: bearing weapons in Anglo–Saxon Society", en Carman, J. y Harding, A. (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological perspectives*, Stroud Glouc., Sutton: 219–243.
- SMIRNOV, K.F. (1982): "Une 'amazone' du IV siècle avant notre ère sur le territoire du Don", *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 8.1: 121–141.
- SOURVINOU–INWOOD, C. (1995): *'Reading' Greek Death to the end of the Classical Period*, Clarendon Press, Oxford.
- STOODLEY, N. (2000): "From the Cradle to the Grave: Age organization and the Early Anglo–Saxon burial rite", *World Archaeology*, 31.3: 456–472.
- STRÖMBERG, A. (1993): *Male or Female? A methodological study of grave gifts as sex–indicators in Iron Age Burials from Athens*, SIMA Pocket Book, 123, Gothenburg.
- SUBIRA, M. E., RUIZ, J., GALLARDO, J. y GARCIA CANO, J. M. (2008): "La necrópolis del poblado (Jumilla, Murcia). Datos antropológicos", en Adroher, A., Blánquez, J. (eds.), *Actas del Primer Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*, vol. II, *Serie Varia*, 9, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 59–67.

- THEUWS, F. y ALKEMADE, M. (2000): "A kind of mirror for men: sword depositions in Late Antique Northern Gaul", en Theuws, F. y Nelson, J. L. (eds.), *Rituals of power*, Leiden, Brill: 401–476.
- TRANCHO, G. y ROBLEDO, B. (2010): "La Dama de Baza: análisis paleoantropológico de una cremación ibérica", en Chapa, T. e Izquierdo, I. (eds.), *La Dama de Baza, un viaje femenino al más allá*, Ministerio de Cultura, Madrid: 119–135.
- TURNEY-HIGH, H. R. (1991, ed.or.1941): *Primitive War. Its practices and Concepts*, Columbia, Univ. of S. Carolina.
- VANDKILDE, H. (2006a): "Archaeology and War: Presentations of Warriors and Peasants in Archaeological Interpretations", en Otto, T. et alii (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological perspectives*, Aarhus University Press, Aarhus: 57–73.
- VANDKILDE, H. (2006b): "Warfare and Gender according to Homer: An Archaeology of an Aristocratic Warrior Culture", en Otto, T. et alii (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological perspectives*, Aarhus University Press, Aarhus: 515–528.
- WEBSTER WILDE, L. (2000): *On the trail of women warriors– the Amazons in myth and history*, New York, Dunne.
- WEBSTER WILDE, L. (2000b): "Did the Amazons really exist?", Extracto de Webster Wilde 2000 en *Diotima, Materials for the study of women and gender in the ancient world*. [<http://stoa.org/diotima/esays/wilde.shtml>] (última consulta 20/05/2011).
- WELLS, C. (1960): "A study of cremation", *Antiquity*, 34: 29–37.
- WILFORD, J. N. (1997): "Ancient graves of armed women hint at Amazons", *The New York Times*, February 25, 1997 [<http://www.nytimes.com/1997/02/25/science/ancient-graves-of-armed-women-hint-at-amazons.html>] última consulkta 20/05/2011].
- WILLIAMS, H. (2005): "Keeping the dead at arm's length", *Journal of Social Archaeology*, 5.2: 253–275.
- WRIGHT, R. (2008): "Foreword. Exploring Unknown Lands and Bringing New Worlds into Gender Studies", en Linduff, K. M. y Rubinson, K. S. (eds.), *Are all warriors male? Gender roles on the Ancient Eurasian Steppe*, Lanham, AltaMira Press: xi–xx.